

# EL BURLADOR DE FLORENCIA

(LOS AMORES DE  
BENVENUTO CELLINI)





EL BURLADOR  
DE FLORENCIA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barberá, 16 - Barcelona

EDITORIAL  
"AES"

Publicación semanal

Año XI

Núm. 182

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

## EL BURLADOR DE FLORENCIA

El siglo XVI reinó en Florencia el Gran Duque Alejandro, hombre frívolo, sin voluntad propia que se hallaba dominado por los caprichos de su mujer, que era en verdad quién gobernaba. Todos conocían las aventuras amorosas de la duquesa y una de ellas, la que fué más comentada, fué la del artista Cellini. Esos amores y la vida aventurera del artista es lo que ha querido reflejarse en esta obra, pero sin darle el dramatismo de todas las leyendas de aquella época, si no haciéndola amena y distraída e inspirando el interés del lector.

Creación de

CONSTANCE BENNETT

y

FREDRICH MARCH

PRODUCCIÓN DE LOS  
ARTISTAS  
ASOCIADOS



Director:  
D. Eduardo Gurt  
Rambla de Cataluña, 62  
BARCELONA

PRINCIPALES INTÉPRETES

Duquesa de Florencia . . . CONSTANCE BENNETT  
Benvenuto Cellini . . . FREDRICH MARCH  
Duque de Florencia . . . Frank Morgan  
Angela . . . . . Fay Wray

Director

GREGORY DE LA CAVA

Dirección musical

ALFRED NEWMAN

NARRACIÓN DEL FILM POR

MANUEL NIETO GALAN

# EL BURLADOR DE FLORENCIA

RESUMEN ARGUMENTO  
DE LA PELICULA

## LOS DUQUES DE FLORENCIA

**E**n el siglo XVI, Florencia, no solamente la más encantadora de las ciudades italianas, sino también un centro donde imperaba la intriga, la pasión, el despotismo y el crimen. Sin embargo, en medio de aquella atmósfera, florecían todas las artes con un predominio excesivo.

Reinaba en Florencia el Gran Duque Alejandro, hombre de unos cuarenta años, frívolo y antojadizo, para quien hacer justicia era solamente una distracción y se dejaba llevar por sus impulsos impremeditados, o bien por los consejos de sus grandes.

Mas sobre todas sus decisiones,

sobre todas sus órdenes, había una superior que era la de su bella esposa la Gran Duquesa. Mujer de una singular belleza, estaba contaminada por el ambiente frívolo que se respiraba en todo el ducado y nadie ignoraba que había tenido varios amantes, sin que el duque jamás hiciera cuestión de honor aquellos extravíos de su esposa.

La energía de la duquesa había conseguido apoderarse de la voluntad de su esposo, sometiéndolo a su dominio absoluto, y en toda Florencia era voz pública que la que administraba justicia era ella y que el duque solamente era ejecutor de sus caprichos.

Florencia era en aquel tiempo un

hervidero de pasiones amorosas. No había dama, que por tal se tuviese, que no poseyese un amante, y los maridos, a fuerza de la costumbre, habían dejado ya en libertad a sus esposas con tal de que ellas fuesen lo suficientemente recatadas para que ellos pudieran aparentar ignorancia.

En el suntuoso palacio de los duques reinaba, como en todas las demás casas de los grandes, la intriga, la pasión y, por encima de todo, la frivolidad. Se rendía culto a la belleza y el amor como únicos dioses, y los cortesanos jamás se atrevían a acusar a ninguna mujer hermosa, ni jamás galán alguno fué condenado por el insulto del adulterio.

Sin embargo, en medio de aquel mundo de extremada galantería, había llegado a constituirse el terror de los maridos, la preocupación de los padres, el sueño de las casadas y la ilusión de las doncellas. Era Benvenuto Cellini, artista de fama mundial, cuyos trabajos eran apreciados en todas las cortes de Europa por la riqueza de sus tallas y labrados.

Benvenuto Cellini tenía, a la sazón, veinticinco años, la edad propicia para cometer locuras, para sentir el amor con todas sus fuerzas y para no dar importancia a la vida, con tal de conseguir el objeto de sus amores. Era un espadachín

consumado y un duelo con él era casi tanto como hacer oposición a marchar al otro mundo, y de ahí que muchos galanteos suyos hubieran quedado sin castigo alguno.

Su fama de artista, se igualaba a la de su arrojo, y éstas dos a la de su belleza varonil, en cuyos ojos se encendía un fuego de amor que solamente los besos de una mujer hermosa era capaz de amortiguar.

Lo mismo que el «Don Juan» de Zorrilla, «desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca...», no había habido mujer que no supiese de sus caricias, ni de sus besos. Era valiente con los hombres, sumiso con las mujeres, apasionado en sus horas de amor y jamás el temor nubló la serenidad de su semblante.

Hasta el palacio del Gran Duque habían llegado muchos de los actos del artista Cellini, y su nombre empezaba ya a molestar al gran Duque, que se tenía por el hombre más conquistador de Florencia. No le cabía duda de que aquel maldito artista le aventajaba y quería acabar de una vez con él para volver a conquistar la supremacía amorosa en todo el ducado.

Una mañana celebraba consejo con sus magnates, y uno de ellos le daba cuenta de los actos que habían cometido sus contrarios, y el duque exclamó indignado:

—Déme esa lista de nombres.

El noble le entregó la lista donde estaban anotados todos los nombres de los acusados, y el duque firmó la sentencia, diciendo al mismo tiempo:

—No hay en Florencia bastante cuerda para ahorcar a esos villanos.

Mas de pronto, al leer un nombre, quedó con la pluma en suspenso, y exclamó extrañado:

—¿Un Borgia?... A éste no podemos ahorcarle.

El conde Octaviano, que era el que le había dado la lista, sonrió maliciosamente y le respondió:

—Es cierto, excelencia, que no podemos ahorcarle; pero...

—Sí, sí, comprendo—le interrumpió el duque—, no podemos ahorcarlo, pero podemos quemarle los pies... Se los bañaremos primero en salmuera y luego le haremos otras cosas. Octavio, te dejo esos cuellos para que juegues con ellos como mejor te plazca.

El duque fué a levantarse de su asiento para dar por terminada la audiencia, pero Octavio le detuvo, diciéndole:

—Hay otros asuntos, excelencia.

Su excelencia hizo un gesto de hastío y volvió a sentarse para saber de qué asuntos se trataba.

—Se trata—siguió diciéndole Octavio—del caso de Cellini.

—¿Otra vez Cellini?... ¿Qué ha hecho?—preguntó el Duque.

—Otro asesinato—respondió Octaviano.

—¿Y quién ha sido esta vez?—inquirió el Duque, sin poder sospechar la persona de la víctima.

—Un noble de Venecia.

El duque se levantó airadamente. La osadía de aquel hombre no tenía límites, y exclamó asombrado:

—Un veneciano!... ¿Es que ya no le bastan los florentinos?... ¡Esta vez hay que condenarlo.

—Para ese hombre sólo hay un castigo, excelencia... La horca.

El duque miró sonriendo burlonamente a Octaviano, y le dijo al fin:

—Ya sé lo que debo hacer. Tú le tienes odio y no puedes ocultarlo, Octaviano.

—No se trata de una cuestión personal, excelencia, sino...

—Que él ha sido más listo que tú—le interrumpió riendo el duque.

—Ten presente que no hay en el mundo otro artista como él.

—Así y todo—insistió Octaviano, cuyo odio hacia el artista no podía permanecer oculto—yo creo que debe castigársele.

Lo que más le molestaba al duque era que alguien, que no fuera

la duquesa, quisiera tomarse atribuciones que solamente a él competían, y por lo mismo le dijo altivamente:

—¿Quién es el Gran Duque de Florencia?

Octaviano vió la partida perdida y se alejó unos pasos, haciendo una profunda reverencia, al mismo tiempo que se abrían las grandes puertas de la sala y los criados anunciaron:

—Su excelencia la Gran Duquesa de Florencia.

En el quicio de la puerta se dibujó la silueta esbelta de la duquesa, en cuyos labios de coral asomaba una sonrisa de tentadora promesa. Sus ojos, brillantes como luciérnagas, recorrieron toda la estancia, hasta posarse sobre su marido que la miraba embobado. Su pecho de nácar puro dejaba entrever la escultura de sus senos que, como palomas apresadas, pugnaban por escapar del rico corpiño de raso que lo encerraban.

Indudablemente, en Florencia había pocas mujeres que pudieran igualarse en hermosura a la duquesa y la diferencia de edad entre ella y su marido hacía más fuerte el contraste que existía entre los dos.

Recogiéndose coquetamente la falda por delante para dejar al descubierto la punta de un piececito de

Cenicienta, avanzó hacia donde estaba su esposo, que le dijo al estar junto a él:

—Estamos discutiendo asuntos muy graves.

—Para un asunto grave vengo yo también, Alejandro—le respondió ella—. ¿Y mi servicio de mesa de oro?

—¿El servicio de mesa?... ¿Qué servicio de mesa, querida?

—¿No te acuerdas ya?—exclamó la duquesa—. Quería que la duquesa de Milán fuese servida en platos de oro... ¡Si se lo han encargado a Cellini, sabe Dios cuándo estarán listos!

—¿Cellini?—exclamó el duque mirándola fijamente—. Otra vez Cellini. No es hora de discutir estas cosas, querida.

—Pues a mí me parece que es el momento—indicó ella enérgicamente. Y ante su actitud decidida el duque calló sin saber qué responder, mientras ella siguió diciéndole—: Habrá que obligarle a hacer tu trabajo...

El duque la miró sorprendido y le preguntó:

—¿Obligarle?

—Obligarle, sí—insistió la duquesa—. No veo por qué te extrañas.

—Porque no sé cómo obligar a ese hombre a que haga una cosa que

se le ordena. ¿No sabes que no hay manera de obligarle a nada?

—Pues esta vez debe obligársele, aunque sea con la punta de la espada—insistió la duquesa que a toda costa quería aquellos platos labrados por Cellini.

El duque, antes de responder a su esposa, y en vista de que la discusión iba tomando derroteros desagradables, para evitar el papel que siempre le tocaba hacer ante su mujer, se encaró con los que esperaban audiencia y les dijo:

—Señores, ha terminado el consejo, pueden marcharse.

Luego quedó un momento pensativo y exclamó, como hablando consigo mismo:

—La culpa es suya absolutamente... No hay manera de arreglarlo.

—Pues procura hacerlo—respondió la duquesa—. Lo único importante es que estén mis platos para servir a la duquesa de Milán.

El duque se levantó violentamente. Sabía que le pedía un imposible su esposa y exclamó:

—Pero es culpa mía que Cellini prefiera asesinar a trabajar?

Octaviano, que entraba en aquel instante, se acercó al duque y le dijo:

—Señor, hay algo más grave.

—Más grave que un asesinato?

—De qué se trata?

—Acaba de llegar un emisario del Dux Francesco Foscari.

—¿Y qué quiere?—preguntó el duque que no tenía muchas ganas de oír quejas.

—Quiere de su excelencia excusas.

—Excusas por el asesinato del veneciano?

—No, por otras razones...

—Decidle que pase a ese emisario.

Se abrieron nuevamente las grandes puertas que daban entrada a la sala de consejos y los criados anunciaron al emisario, diciendo:

—El caballero Baudine!

Entró éste acompañado de una joven bellísima y se acercó a donde estaba el duque, que apenas vió a la muchacha se levantó para mirarla de cerca, a la vez que el recién llegado le decía mostrándosela:

—Excelencia, esta niña pertenece a la real casa de los Vacci...

El duque apartó por un momento la mirada de la muchacha, y dirigiéndose a su esposa, la dijo:

—Es mejor que os vayáis.

Mas ella, que había advertido el interés que la joven había demostrado en su marido, sonrió maliciosamente y le dijo:

—Prefiero quedarme... Me pare-

ce que me va a interesar la historia que ha de referirte el caballero Baudine.

El duque aceptó lo que su mujer quería y sentándose nuevamente para disimular todo lo que pudiese, le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

La joven se adelantó unos pasos y mirando a su viejo acompañante le preguntó:

—¿Puedo hablar?

—Sí, hija mía—le dijo el viejo cariñosamente—. No tengas miedo y cuenta todo lo sucedido.

La joven cerró por unos instantes los ojos, como queriendo recordar al detalle cuanto le había sucedido, y después de unos segundos suspiró lánguidamente y empezó la narración de cuanto le había sucedido.

#### UNA AVENTURA DE CELLINI

Los duques, intrigados, sin saber por qué causa, prestaron atención a lo que les iba a referir aquella joven, que al fin dió comienzo, diciéndoles:

—Me hallaba en el jardín de mi padre, soñando con mi príncipe...

—¿Algún conocido?—preguntó estúpidamente el duque.

—No—respondió la joven—con un príncipe de ensueño.

—No sabía eso—la interrumpió de nuevo el duque.

La duquesa miró burlonamente a su esposo y le dijo:

—Es común ese sueño en todas las niñas.

La muchacha continuó su historia y les refirió:

—De pronto lo veo aparecer a la luz de la luna... Era Cellini.

—¿Por dónde apareció?—preguntó el duque.

—Por sobre el muro.

—¿Y no pediste socorro?—inquirió la duquesa, pensando que tal vez ella fuera la primera agradecida a aquella imprevista visita.

—No—respondió la joven bajando la vista al suelo—. Se me ahogó la voz en la garganta... Quedé como hipnotizada.

—¿Y él qué hizo?—le preguntó rápidamente el duque.

—Se puso a leer.

—¿A leer?—exclamó asombrada la duquesa—. ¿Estás segura de

que se puso a leer? No comprendo nada.

—Yo sí—le respondió el duque. —Si se puso a leer sería algún libro... ¿No es cierto?

—En efecto, excelencia. Leía en un libro de oro, incrustado de piedras preciosas.

—¿Y qué leyó?—volvió a interrogarle el duque.

—Un poema de amor con palabras que sólo Venus y Adonis habrán pronunciado el día de sus bodas. La cadencia de su voz tenía el mágico hechizo y al arrullo de su música me desmayé...

Quedó un momento silenciosa, como recordando la dulzura de aquel desmayo, hasta que por fin exclamó enérgicamente:

—Pero eso no importa... He venido aquí porque me han traído, pero él puede venir a mi jardín cuantas veces quiera.

El duque miró asombrado a la joven y el anciano que la acompañaba, sin saber qué decir, pretendió excusar su presencia, diciéndole:

—Excelencia, no esperaba esto... Mil perdones...

Y salió de la sala del consejo, mientras que la duquesa sonreía interiormente, pensando intrigada en la fuerza amorosa del artista, que tan fácilmente conquistaba a doncellas y casadas. Jamás había visto a

Cellini, más que una vez que fueron a llevarle un plato labrado por él, y ante aquel recuerdo no pudo menos que exclamar:

—No comprendo cómo un hombre tan feo pueda fascinar a las mujeres de esa forma.

—Vuestra excelencia lo confunde con su aprendiz—le dijo Octaviano.

—Ese Cellini—exclamó el duque con cierta indignación—ignora toda moral y toda ley.

—¿Cómo proteger a las mujeres contra ese monstruo?—preguntó la duquesa intencionadamente.

—Mucho me temo que tendremos que ahorcarlo, si queremos librar a Florencia de ese burlador—le respondió el duque.

La duquesa se sobresaltó ante aquellas palabras y se apresuró a decirle:

—Ahorcarlo habéis dicho?

—Si su excelencia ordena la ejecución...—se apresuró a decir Octaviano, viendo la forma de vengarse de Cellini.

—Sí la apruebo, pero como hace cosas tan lindas, creo que lo mejor es unir la justicia a la prudencia... ¿No lo crees así?

—Yo sólo pienso en mi vajilla—respondió la duquesa—. Primero que haga los platos y luego lo colgaremos.

—No está mal pensado—excla-

mó el duque—. ¿Qué te parece Octaviano?

La duquesa se levantó para marcharse, y mirando fijamente a su esposo, le dijo recalcando sus palabras:

—Recordad que esa es vuestra decisión, excelencia.

Octaviano, que veía que nuevamente se escapaba Cellini del poder de la justicia, se atrevió a decirle al duque:

—Pero su excelencia no permitirá que ese Cellini...

El duque le atajó diciéndole enérgicamente:

—Esa es mi decisión, ¿comprendes?... Primero la vajilla...

Y sin hacer caso al gesto de desagrado de Octaviano, se dirigió hacia la puerta con su esposa. Aún no había llegado a ella, cuando aparecieron varios soldados, y uno de los oficiales que iba con ellos, se adelantó al duque y le entregó un pergamino, diciéndole:

—Señor, un mensaje del conde Maffio.

—¿Qué le pasa?—preguntó el duque, fijándose en el rostro lleno de barro del oficial y en lo sucio que llevaba el uniforme.

—Pasábamos por Duomo cuando fuimos atacados—le respondió el oficial—. Nos atacaron de tan mala manera que nos revolcaron en el lo-

do. El ataque se debió porque el conde Maffio dijo una vez que debíamos exterminar a esa víbora.

—¿Y quién fué el asaltante?—preguntó el duque, mientras que la duquesa esperaba intrigada la contestación, aun cuando interiormente había adivinado el nombre de quien se había atrevido a atacar a los enviados del conde.

—Benvenuto Cellini—replicó el oficial.

El duque no pudo ocultar el asombro que le causaba aquella acción del artista, y exclamó:

—Ahora se mete con los Medici?

La duquesa, para no dar tiempo a que el duque pudiera volverse atrás de lo que la había prometido, acerca de Cellini, salió de la estancia dejando solo a su marido, que hizo nuevamente la misma pregunta, a lo que contestó el oficial:

—Para ese hombre no existen distinciones... Es un osado que se atreve contra todos.

—Pues ya se acabó mi paciencia—exclamó el duque—. Por esta vez se ha acabado. Ni los platos de la duquesa lo van a salvar.

Hizo una seña a Octaviano y salió, seguido de algunos soldados, decidido a detener a Cellini y hacerle pagar cara su osadía.

Al mismo tiempo, en el taller de

Cellini, donde el artífice hacía aquellas obras de arte que originaban la admiración del mundo entero, su aprendiz atizaba el fuego de los crisoles, cuando se oyeron repetidos golpes en la puerta. Se abrió a su vez una claraboya en el techo y por ella salió Cellini, con la agilidad de un gamo. Una vez que estuvo dentro del taller, le ordenó a su aprendiz:

—¡Cierra la puerta!

El aprendiz, al verle en aquel estado de excitación, comprendió que su amo había hecho alguna de las suyas, y le preguntó:

—¿Qué ha pasado, maestro?

—Hoy le tocó el turno al conde Maffio.

El aprendiz lo miró asustado. Sabía de sobras lo que representaba en la corte el conde Maffio, y exclamó:

—¡A un Medecis!

El artista se encogió de hombros, sin dar importancia a aquel nombre, y respondió:

—Hay muchos Médecis, pero sólo un Cellini.

Pero el aprendiz no pensaba lo mismo que él. Sabía que aquello les costaría la muerte, y dijo a su señor:

—Maestro, es mejor huír. Vámonos antes que lleguen.

Cellini lanzó una carcajada burlona y exclamó:

—¡Huír cuando me han atacado? Eso no lo haré nunca. Miró el plato que estaba labrando el aprendiz, y le preguntó:

—Terminaste la vajilla de la duquesa?

—Esta es—respondió el aprendiz mostrándole el plato que su maestro tenía en la mano.

Cellini lo examinó detenidamente y al fin exclamó desalentado:

—¡Idiota!... Esto no es un plato para la duquesa... ¿Cuándo aprenderás? Esto no sirve.

Y lo arrojó nuevamente al crisol, donde pronto quedó fundida la pieza que con tanto esmero había estado labrando el aprendiz.

Sin detenerse, abrió una cortina que había en un extremo del taller, y entró en una sala decorada con gran gusto, y en uno de los divanes que allí había, encontró a una joven durmiendo. Durante un rato quedó contemplando en silencio el rostro angelical de aquella doncella. Sus largos cabellos negros, como el azabache, caían en bandadas por sus hombros de alabastro, y su cuerpo, que parecía moldeado por el arte de un escultor, aparecía dibujado bajo el vestido de finísima seda que lo cubría. En su boquita entreabierta por la respiración aprecián unos dientecitos de blanca pureza y sus brazos, dejados lángui-

damente, mostraban el torneado frágil y armonioso de toda ella.

Cellini, después de contemplarla amorosamente durante unos minutos, la cogió la mano y se la besó con pasión, haciendo que ella se despertase y le preguntara:

—He esperado toda la mañana. ¿Dónde has estado?

El, por toda contestación, la miró más cerca todavía y sentándose a su lado, la dijo:

—¡Angela!... ¡Qué hermosa eres!

Ella se echó a reír, sin preocuparse de la galantería del artista, y le preguntó:

—¿Trabajamos?

—No, mañana—respondió Cellini, pasándole un brazo por la cintura, para tenerla más cerca de él.

—Pues entonces me voy—exclamó la joven, haciendo ademán de marcharse.

Cellini la retuvo cerca de él y le preguntó desesperado por la frialdad de Angela:

—¿Es que sólo te puedo ver cuando manejo el cincel?... ¿No sabes que también soy un hombre?

—Sí, Benvenuto—respondió con glacial indiferencia ella. Y mostrándole un trabajo que había hecho, le dijo: —¿Qué te parece esto que he hecho?

Cellini ni siquiera miró lo que

le mostraba, y exclamó con mayor desesperación todavía:

—Ya lo veo.

—¿Cómo lo ves, si no lo miras siquiera?—exclamó ella sonriendo deliciosamente.

Cellini, sin poderse contener, le cogió las manos y le dijo, besándose apasionado:

—¡Angela! ¿Pero no comprendes lo que me pasa? ¿Eres de mármol, de alabastro, de qué eres?

—¿Por qué?—inquirió ella riendo, sin darse cuenta de aquella pasión que había despertado en el corazón de Cellini.

—¿No ves que estoy loco por ti. Angela? ¿No comprendes que eres el sol de mi vida? Quizás mañana estaré en el infierno, pero hoy, déjame ver un poco de cielo, del cielo de mi vida, que eres tú.

La tenía abrazada y quería con el calor de sus frases encender el corazón de la joven, que parecía insensible a todas aquellas palabras. Cellini, sin cejar en su empeño, siguió diciéndola:

—Despierta, Angela mía. Ya verás qué hermoso sueño realizaremos juntos. ¡Te amo como se ama a los ángeles... ¿Por qué no me amas tú también?

—Porque mi madre no quiere—respondió la muchacha.

—Deja a tu madre en paz. Tú debes pensar como yo...

Ninguno de los dos se habían dado cuenta de que la puerta se había abierto y que había entrado la madre de Angela, que al oír las últimas palabras del artista le dijo:

—Pensar como tú, ¿eh?

El aspecto de aquella mujer no podía ser más repulsivo. Y a su fealdad física unía una suciedad en su persona que obligaba a alejarse de ella. En su rostro había crecido un vello tan fuerte y abundante que daba la impresión de que tenía barba como los hombres, y su nariz puntiaguda le daba todo el aspecto de una bruja, de las que nos refieren en los cuentos infantiles. Se acercó a Angela y la quiso coger por una mano, diciéndole al mismo tiempo:

—Vámonos a casa.

Cellini se interpuso para impedir que se la llevara, y le dijo a su amada:

—No, Angela, no te vayas. No hagas caso a esta bruja.

—¿Y me lo dices en mi cara?—preguntó asombrada la vieja.

—Eso no es cara—le dijo despectivamente el artista—. Mira esas barbas... Eres horrible. Pero hablamos de negocios. Yo necesito el modelo.

—Pues yo me llevo a mi hija—insistió la vieja.

Cellini se echó a reir, y dijo finalmente:

—Angela no es tu hija... ¿Cuánto quieres por dejármela?

La vieja vió un negocio en perspectiva y hablandándose le respondió:

—Cincuenta ducados.

—Es mucho—le respondió Cellini.

—Cuarenta y cinco—volvió a decirle la vieja. El artista movió la cabeza negativamente y le ofreció:

—Te doy treinta ducados.

—¿Lo dejamos en treinta y cinco?—le preguntó la que se hacía pasar por madre de Angela.

Mas antes de que Cellini pudiera aceptar o rehusar el ofrecimiento, se oyeron fuertes golpes en la puerta y la voz de Octaviano, que decía:

—¡Abrid en nombre del duque de Florencia!

Cellini cogió amorosamente a Angela y la introdujo dentro de aquella sala, y al mismo tiempo que echaba las cortinas, le dijo:

—Escondeos que yo terminaré pronto.

—Dáme antes mis ducados—le exigió la vieja.

—No te apures, que los tendrás, vieja harpía.

Salió al taller, quitó al aprendiz del yunque y él se puso a trabajar, mientras que en la puerta resonaban

nuevamente los golpes y volvía a decir Octaviano:

—¡Abrid en nombre de duque de Florencia!

Cellini hizo una señal al aprendiz para que abriese la puerta, y él siguió trabajando, como si no se hubiera enterado de quién entraba.

El mismo duque en persona había querido ir con los soldados y Octaviano para prender a Cellini, y al ver que no hacía la intención de volverse, le tocó en la espalda, haciendo que el artista exclamara al verlo:

—Qué honor para mi casa, Excelencia.

—Honrada por la visita de un hombre pacífico—respondió el duque.

Octaviano, temiendo que el duque olvidara el verdadero motivo que los había llevado allí, se acercó a él y le dijo:

—Señor, no olvidéis el verdadero motivo de nuestra visita.

Angela apareció en la puerta de la estancia contigua y el duque, al verla, quedó sorprendido por la belleza de la joven. Esto hizo que dulcificara algo su acento y siguió diciéndole a Cellini:

—Ya te hemos perdonado muchos crímenes, Cellini.

—Y os estoy muy agradecido por

todo ello—respondió el artista haciendo una profunda reverencia.

—Pero esta mañana—continuó diciendo el duque—has humillado a mi sobrino.

—¿A Maffio?—preguntó aparentando gran extrañeza Cellini—. ¿Qué le ha ocurrido?

—¿Qué descaro!—exclamó indignado Octaviano.

—Ah, sí—dijo de pronto Cellini.

—Ahora recuerdo lo que pasó. Me insultó, y cuando me insultan, no sé dominarme.

Hablaban con tanta humildad, que el duque sintió commiseración, y volviéndose a Octaviano, le dijo:

—Ya ves lo ocurrido.

—Sí, pero vuestra Excelencia había prometido ahorrarlo.

—Es verdad—respondió el duque—; pero antes necesito saber cómo anda mi vajilla de oro.

—Ahora no podré terminarla—respondió Cellini, fijándose en el interés que había despertado en el duque la presencia de Angela.

El duque cuyo aspecto de indignación iba cambiando a medida que iba dándose mayor cuenta de los encantos de Angela, le respondió, más bien como un consejo, que como una represión:

—¿Pero por qué no trabajas en vez de asesinar a la gente? ¿Tampoco has terminado mi cáliz?

Dijo esto para volverse de todo frente a Angela y aparentando que la veía en aquel momento, exclamó con viveza:

—¿Quién eres tú, hija mía?

—Angela—respondió la muchacha tímidamente.

El duque se acercó a Cellini y le preguntó:

—¿Quién es?

El artista lo alejó un poco del grupo que formaban los demás y le dijo con cierto aire de misterio:

—Un lirio, Excelencia... Esta fué la causa de la disputa con Maffio.

El duque volvió a contemplar a la joven y cada vez sentía mayor satisfacción por estar cerca de su lado. Cellini, que era en estas cuestiones un tuno redomado, continuó diciéndole confidencialmente:

—Sabiendo cuánto gusta a su Excelencia la belleza, pensaba llevarla a palacio.

El duque sonrió satisfecho. Le agradaba o, mejor dicho, le encantaba aquella idea que había tenido el artista, y le preguntó:

—¿Sabe quién soy?

—No, Excelencia—repuso el artista—; le dije únicamente que erais un caballero de la corte.

Octaviano se daba cuenta de cómo Cellini se apoderaba de la voluntad del duque y ya empezaba a

demostrar su impaciencia, cuando el duque le dijo:

—Podéis marcharos... Yo arreglaré esto personalmente.

Octaviano quiso agotar hasta el último recurso para poder prender a aquel hombre con quien tenía que vengar un agravio, y respondió:

—Excelencia, Cellini trata de engañaros.

—No te preocupes... Yo sé lo que me hago... Dejadme solo.

Salieron Octaviano y los soldados que con él habían venido, y el duque se acercó a Angela y le preguntó:

—¿Sabes quién soy?

La muchacha, que se había dado cuenta de la importancia de aquel personaje, por las reverencias que le hacían y por la conversación sostenida con los demás, le respondió, bajando la vista al suelo:

—Sí, Excelencia.

Este se volvió rápidamente a Cellini, y riendo cómicamente, le dijo:

—¿Ves cómo me conoce?

—Claro, Excelencia—le contestó el artista—. Os ha reconocido por vuestra apuesta.

El duque quedó satisfecho de la contestación del artista, y sintiéndose más conquistador todavía, volvió a decirle a Angela:

—¿No has estado nunca en palacio?

—No, Excelencia—respondió la muchacha.

—¿Te gustaría ir?—inquirió nuevamente el duque de Florencia.

—Claro que sí—le confesó sinceramente Angela.

En esto aparecía la otra mujer, y el duque al ver aquella facha huyó al otro extremo del taller, preguntándole a Cellini:

—¿Quién es esta mujer?

—Soy su madre — respondió la vieja.

De todos los que habían acompañado al duque, el único que había quedado allí era su secretario particular y su confidente en la corte. A él se dirigió el duque, preguntándole:

—Polverino, ¿verdad que es muy bonita?

—Preciosa, Excelencia—le replicó el secretario.

El duque la miró otra vez a sus anchas. Se advertía en él la grata impresión que le había causado la joven, y no pudo menos que hacer un comentario elogiable para Angela, diciendo:

—Hará buen efecto en la corte... Las otras mujeres son tan feas... ¿Es-

tará esta noche la duquesa en el palacio de verano?

—Toda la corte está en el palacio de invierno—le respondió Poverino.

—Admirable — exclamó el duque—. Espléndido, Poverino. Cuídate de todo esto y ni una sola palabra a la duquesa.

Poverino se adelantó para hacerse cargo de Angela, y Cellini que no había creído que su engaño pudiese convertirse en realidad, se interpuso, suplicándole a la joven:

—¡No te vayas, Angela!

—¿Cómo le dices que no vayas? —preguntó asombrado el duque.

—Es que se trata de mi modelo, Excelencia—le respondió Cellini.

—Bueno, pues tomas otro y en paz. Además, ¿para qué te ha de servir? Dentro de poco te hemos de colgar... y trabaja más, que necesitamos esos platos.

Y ante la desesperación de Cellini, Angela salió acompañada del duque y de Poverino, mientras que el artista se daba a todos los diablos, maldiciendo al duque y a todos los duques habidos y por haber en la tierra.

## UNA VISITA INESPERADA

Como es natural, lo que menos pensó Cellini, después de lo que acababa de pasar, era trabajar en aquella maldita vajilla del duque. Lo único que le interesaba era idear un medio, valiéndose del cual pudiera volver a recuperar nuevamente a Angela.

La vieja, por su parte, viendo que ya nada podía sacar de la joven, puesto que no se atrevía a pedir nada al duque por miedo de que la metiesen en la cárcel, lanzó una carcajada de burla al ver la desesperación de Cellini, y salió de la casa diciéndole:

—¿Ves cómo te la has dejado perder?... Ya verás cómo no hace lo que tú digas, ni piensa como tú piensas.

La suerte suya fué que salió inmediatamente, porque de lo contrario tal vez lo hubiera pasado mal en las manos de Cellini. Cuando volvieron a quedar solos amo y aprendiz, aquél le dijo:

—¿Qué te parece que debo hacer?

—Nada, maestro — le dijo el aprendiz—. Supongo que no pretenderéis ir a palacio para apoderaros de vuestra modelo.

—¿Por qué no? — preguntó Cellini—. Lo único que me preocupa es que Angela no me ama.

—Al duque le amarás mejor.

—Tampoco — respondió Cellini—. Angela es tan fría que es incapaz de amar a nadie. Para ella no exis-

te el amor, porque jamás lo ha sentido.

Se oyeron fuertes golpes en la puerta y el aprendiz llamó la atención de su maestro, diciéndole:

—Cuidado, que alguien entra.

En efecto, se abrió la puerta y apareció en el dintel Octaviano, que se acercó a Cellini, quien con toda socarronería le dijo:

—Oh, Octaviano... ¿Habéis olvidado algo?

Octaviano sacó un pañuelo de encajes, y mostrándoselo a Cellini le dijo:

—¿Conocéis este pañuelo?

El aprendiz, sin darse cuenta, exclamó, reconociendo la prenda:

—Maestro, es el vuestro.

—Exacto — exclamó Octaviano.

—Pero pregúntale también dónde se lo dejó.

—Ahora recuerdo — respondió con gran cinismo Cellini—. Me lo dejé olvidado en casa de una bella... Una dama que vos tenéis en gran estima, porque, según creo, es vuestra misma esposa.

—Me alegro que lo reconozcás así — exclamó indignado Octaviano; — porque si el duque os ha perdonado, yo no.

—Lo siento, Octaviano — le contestó confiado Cellini—, pero no me veréis colgado tan pronto como pensáis.

—Así lo creo, y para que no os pase nada durante todo ese tiempo, he traído esta gente, que os protegerá.

Dió una palmada y al mismo tiempo entraron cinco hombres provistos de gruesas estacas, a quienes Octaviano les dijo:

—Caballeros, os lo dejo a vuestro cuidado.

Cellini se dió cuenta en seguida de que aquellos hombres traían orden de matarlo y antes que ninguno de ellos pudiera interceder, dió un salto sobre una mesa y cogió una espada que había colgada en la pared. Instintivamente los hombres que llevaba Octaviano se echaron atrás, y Cellini les dijo:

—Amigos míos, el brazo es fuerte y el acero fino, tened cuidado.

Pero Octaviano excitó nuevamente a los que había llevado, y éstos se lanzaron contra Cellini, que los mantenía a raya con su espada. Saltaba de un lado a otro con la agilidad de una gacela y daba diestras y siniestras estocadas, que la mayoría de las veces hacían blanco en la persona a quien iba dirigida.

Pronto se convirtió el taller en un campo de batalla, y Cellini, al mismo tiempo que luchaba con la espada, aprovechaba cuantos objetos tenía a mano para lanzarlos sobre sus atacantes, teniéndolos a raya. El

aprendiz, pobre hombre no acostumbrado a aquellas luchas, se había metido dentro de un barril, para que nada pudiera ocurrirle; pero tuvo la desgracia de que su maestro lanzase contra el barril a uno de los espadachines, que cayó con tanta violencia que deshizo el barril, dejando al pobre aprendiz al descubierto y muerto de miedo.

Cuando ya había más de un espadachín tendido, se abrió la puerta del taller y entró una dama cubierta por un espeso velo, que presenció la pelea del artista contra sus adversarios.

Octaviano, aprovechando el tumulto, había marchado sigilosamente, de forma que cuando entró la dama ya no estaba allí. Esta, viendo que la lucha no tenía fin, quiso poner término a ella, y exclamó:

—Basta, en nombre de la duquesa de Florencia.

Al conjuro de aquel nombre, los espadachines huyeron precipitadamente, y la duquesa dió orden a los soldados que la seguían, para que se llevasen a los dos hombres que yacían en el suelo, atravesados por la espada de Cellini. Cuando lo hubieron hecho, se encaró con Cellini y le preguntó:

—Sois un artista... o un espadachín?

—Señora—respondió el artista—

no he tenido yo la culpa, y lamento que la casa no esté en orden.

La duquesa recorrió con la mirada todo el taller, y al fin le preguntó:

—¿Trabajáis aquí?

—Este es mi taller, Excelencia—respondió Cellini.

—Vuestro taller, cuando no tenéis que asesinar a alguien, ¿verdad?—le dijo ella.

—Defendía tan solamente mi honor.

La duquesa vió las cortinas que cerraban la puerta donde Cellini tenía sus habitaciones interiores, y al ver el lujo con que estaban adornadas, le preguntó irónicamente:

—¿Y aquí también trabajáis?

—Claro que sí—respondió Cellini sonriendo maliciosamente—. La índole de mi trabajo lo requiere así.

La duquesa se quedó unos segundos contemplando a Cellini. Había sentido curiosidad por conocerlo. Tanto había oído hablar de él, que su curiosidad femenina no pudo sustraerse al impulso de ir a verlo. Para una mujer nada hay tanto que llame la atención en un hombre como la aureola de irresistible. Cellini la tenía, y en todo el ducado se hablaba de él como de un ser a quien las mujeres se rendían sin la menor oposición. En las murmuraciones de palacio, siempre había of-

do el nombre de Cellini entre sus damas, y se había dado cuenta de que el corazón veleidoso de aquel hombre todavía no había encontrado la mujer que fuese capaz de apresarlo definitivamente. Todo esto fué lo que indujo a la duquesa a ir aquella mañana a casa del artista, y después de contemplarlo, comprendió la razón que existía para que las mujeres se entregasen sin resistencia a él. Su cuerpo varonil de armoniosas proporciones, su voz cálida y cariñosa, su apertura gallarda y la corrección de las facciones, le hacían el tipo soñado por toda mujer intensamente femenina. La duquesa sintió también el atractivo de aquel hombre, pero queriendo disimular, le dijo en tono amenazador:

—Cellini, os advierto que conozco vuestra reputación. No tratéis, pues, de engañarme.

Se sentó en el diván donde había estado acostada Angela, y Cellini, acercándose a ella le dijo humildemente.

—No osaría nunca hacerlo.

La duquesa miró sorprendida al artista. En sus palabras había creído advertir cierta indiferencia, y exclamó:

—¿Entonces no os interesa la duquesa de Florencia?

—Vuestra Excelencia ha comprendido mal lo que he querido de-

cir—se apresuró a responder el artista.

Ella le miró algo más amistosamente, y le preguntó de pronto:

—¿Qué hubierais hecho si yo no fuera la duquesa de Florencia?

Cellini bajó la vista, como indeciso por lo que debía contestar, y exclamó:

—Duquesa, no puedo deciroslo.

—Yo os lo ordeno—exigió la duquesa.

—Vuestra orden es ley para mí, duquesa.

—Pues decid lo que hubierais hecho de no ser yo la duquesa.

—Si me lo ordenáis, os lo diré. Cuando veo una mujer tan bella como vos, que jamás he visto ninguna, lo primero que hago es estrecharla en mis brazos y beber en sus labios el néctar del amor, único bien que los dioses otorgaron a los mortales.

La duquesa calló, comprendiendo que tenía que habérselas con un hombre peligrosísimo; pero, por otra parte, se sentía vivamente atraída hacia el artista, y le obligó a sentarse junto a ella. Miró sus brazos, de fuerte musculatura, y le dijo:

—Esos fuertes brazos yo los haría descoyuntar a la menor orden, y esa bella cabeza la haría rodar inmediatamente, a mi primer gesto.

—Y yo moriría riendo, por saber

que una dama tan bella como vos se había fijado en mí para satisfacer una venganza que no merezco—respondió Cellini.

La duquesa sonrió. Aquel hombre tenía siempre a punto una galantería con que responder a sus amenazas, y al final le dijo:

—Tranquilizáos, que no he venido a eso. Se trata de otra cosa muy importante.

Sacó de su pecho una llavecita, y se la entregó al artista, diciéndole con marcada intención, para que él la comprendiera.

—Quisiera tener otra llave como ésta... Es de la puerta de mis habitaciones... Quiero sorprender al duque.

—Pero tendré que explicarle al duque el motivo de mi presencia en palacio—le dijo Cellini.

La duquesa lo miró, y convencida de que la habían entendido, le respondió:

—No os creía tan tonto. El duque no os verá... ¿Me la haréis?

—Inmediatamente, duquesa —respondió Cellini, cogiendo la llave, y al mismo tiempo besándole la mano que la sostenía.

—Pues traédmela esta misma noche a las nueve... ¿Lo olvidaréis?

—Primero habréis oído decir que han matado a Cellini, que faltar yo

a una promesa hecha a una dama—replicó el artista.

—Pues hasta las nueve, señor artista—le dijo ella despidiéndose.

—Hasta las nueve, señora duquesa—respondió Cellini.

Salió la duquesa, e inmediatamente Cellini, pensando en que la ocasión para rescatar a Angela se le presentaba, ordenó a su aprendiz:

—Atiza el fuego.

—¿Vamos a trabajar en los platos? —preguntó el aprendiz.

—No seas idiota—exclamó su maestro—. ¿Crees que con un plato se puede abrir una puerta? Es preciso que acabemos esta llave inmediatamente... Por primera vez en mi vida voy a trabajar con fe.

Y sin dar más explicaciones al aprendiz se puso a trabajar férreamente para tener lista la llave a la hora indicada y poder entrar a palacio, tal y como le había prometido a la duquesa.

Jamás hubiera soñado él que una dama de tan alta alcurnia hubiese interesado por su persona; pero tampoco, quizás, la dama habría creído encontrarle tan decidido como estaba a cumplir su deseo. De sobras sabía Cellini que si lo encontraban en palacio se exponía a que lo ahorcasen, pero ningún conquistador puede serlo si no es arrojado, y de esto último Cellini aventajaba al que más

lo fuera en Florencia, como lo acreditaban los muchos duelos que había tenido.

Seguro el duque de que la duquesa estaba en el otro palacio, había ordenado todo lo necesario para comenzar la conquista de Angela aquella misma noche.

Polverine, con la solicitud tantas veces demostrada en favor del duque, se había cuidado de todos los detalles. Había llevado a Angela a palacio, sin que nadie se diera cuenta de su presencia y él mismo se había cuidado de proporcionarle trabajos riquísimos, para que su belleza resaltara más aquella noche, en la que había de cenar con el duque.

A pesar de la timidez que siempre demostró la muchacha, en aquellos momentos no temía por ningún peligro y estaba segura de salir victoriosa de la empresa que en tan mal hora la había metido el artista.

Y esto mismo que hacía Angela para agradar al duque, aun en contra de su voluntad, lo hacía también, pero a impulsos de un sentimiento amoroso, la duquesa, para recibir a Cellini. Tenía la seguridad de que el artista no faltaría a la cita y solamente pensaba en la forma de que se valdría para poder pasar por delante de la guardia de palacio sin que fuera visto por los centinelas. Indudablemente aquello era más

difícil de lo que parecía y se necesitaba tener una astucia extrema para poder conseguirlo. No obstante, la duquesa pensaba que nada había más sagaz que el amor y que un hombre enamorado encuentra siempre mil modos para poder conseguir su propósito. Esta seguridad era lo que le hacía extremar su tocado, para que su belleza resaltase con más fuerza y poder con sus encantos apoderarse del corazón de aquel hombre a quien tantas mujeres habían deseado y ninguna conseguido.

Poco antes de las nueve de la noche, el duque llamó a Polverino y le dijo:

—¿Has preparado la cena en mis habitaciones?

—Todo está a punto, excelencia.

—Pues empézemos, pero hay que vigilar a la duquesa.

—La duquesa está en el otro lado del palacio y no vendrá esta noche —respondió Polverino seguro de la confidencia que había tenido, por una de las damas de la duquesa. El duque sonrió satisfecho de aquella coincidencia que le dejaba tiempo de sobras para poder dedicarse a la conquista de Angela y terminó diciendo:

—¿Vamos?

—Cuando lo disponga su excelencia.

Inmediatamente entró en un salóncito reservado, en cuyo centro había una mesita llena de manjares y vinos exquisitos y donde ya estaba esperándole Angela. Al verlo llegar se levantó respetuosamente para hacerle una reverencia y quedó extrañada de ver el lujo con que iba vestido el duque. Este también se había querido poner a tono con las circunstancias y había elegido un traje de finísimos encajes que lucía pomposamente.

Una vez sentados, el duque dió orden de que empezaran a servir la cena y en su transcurso intentó varias veces coger la mano de Angela, que tímidamente la retiró. Una de las veces se acercó a ella y pretendió sujetarla por el talle, exclamando la muchacha con fingida extrañeza:

—¿Qué hacéis?

El duque, que se creía un hombre irresistible, se extrañó de la pasividad de aquella muchacha y le preguntó casi asombrado:

—¿No te estremeces?

—No—respondió ella con una frialdad que asombró aún más al duque, que se dió cuenta de que aquella mujer era un témpano de nieve y le dijo:

—¿Siempre eres así?

—¿Cómo queréis que sea?—preguntó ella siguiendo representando

aquella comedia que había imaginado para librarse del acoso del duque.

Este sonrió creyendo que todo era hijo de la ingenuidad de la joven y le dijo maliciosamente:

—Bueno, ya cambiarás después... ¿Quieres más pavo?

—Sí, excelencia—exclamó Angela—. No sé por qué, pero tengo mucha hambre.

El duque le sirvió más pavo y le dijo cariñosamente:

—Oye, te voy a permitir una cosa.

Angela le miró afectando en aquella mirada una verdadera ingenuidad y el duque siguió diciéndole:

—Cuando estemos solos, no me llames Excelencia, ni duque.

—¿Y cómo he de llamaros?—preguntó ella.

—Sencillamente, «Bumpy». Es un nombre más cariñoso... ¿Me llamarás así?

—Os llamaré «Bumpy», si así lo queréis—respondió ella sonriendo.

Y mientras el duque seguía realizando su conquista, la duquesa se dirigía hacia sus habitaciones que al ver allí a Palverino, le preguntó extrañada:

—¿Cómo no estáis en Florencia con el duque?

Polverino, que había quedado

sorprendido de la presencia de la duquesa, no supo qué responder y ella siguió inquiriendo:

—¿No ha sido llevada la corte a Florencia?... ¿No está en el Palacio de Invierno?

—El duque ha decidido a última hora lo contrario.

—¿Y cuál es la causa?—inquirió la duquesa.

—Ha tenido un ataque degota.

—¡Qué lástima! —murmuró la duquesa, pensando que algo traían entre manos el secretario y su marido, de lo cual esperaba enterarse después.

Polverino, en cuanto se vió libre de la duquesa, entró inmediatamente donde estaba el duque y le dijo asustado:

—Señor, ha llegado.

—¿Quién ha llegado?—preguntó el duque, que en lo que menos pensaba en aquellos momentos era en la duquesa.

—¡Ha llegado... la duquesa!—exclamó el secretario.

El duque se levantó rápidamente y exclamó desalentado:

—Esa mujer debe tener un sexto sentido... Seguramente que sospecha que estoy aquí.

—También lo creo yo así—respondió el secretario—. Hay que hacer algo pronto, antes de que llegue.

—Es verdad—replicó el duque.

—Polverino, llévatela... Llévatela en seguida a otra habitación.

El secretario, sin dejar que Angela terminara de cenar, la cogió por una mano y se la llevó casi a viva fuerza a otra habitación contigua. No había hecho más que cerrar la puerta por donde había salido, cuando se abrió otra y apareció la duquesa. Esta, al ver a su esposo, se fijó en la mesa donde había dos cubiertos y le dijo:

—¡Qué sorpresa, Alejandro!

El duque ni siquiera se atrevió a responder. Temía a su mujer más que a una legión de diablos y la duquesa, siempre en tono irónico, le dijo nuevamente:

—¿Sabías que venía?

—Sí, en efecto. Lo sabía—respondió el duque, por decir algo.

—Ya lo veo y te agradezco tu atención—volvió a decirle la duquesa—. Veo que has hecho preparar la cena.

—Te esperaba más temprano—le dijo el duque—, y en vista de que no llegabas me decidí a comer.

—Has hecho bien—le dijo la duquesa sonriendo.

Hasta ellos llegaron los acordes de la música que el duque había hecho preparar para amenizar la cena con Angela y la duquesa exclamó:

—Hasta música... Estás en todo, querido. Eres admirable. Además,

veo que tenías tanta hambre que has comido por dos.

—No, es que Polverino me acompañaba.

—¿Polverino? Si cuando entré lo encontré en la puerta y me dijo que iba a comer con los otros...

La duquesa le amenazó cariñosamente y le dijo:

—Alejandro, me parece que...

—¡Oh, no, no!—exclamó el duque sin dejarla terminar—. No pienses nada de eso.

—Lo que pienso es que ya es tarde para que estés levantado— continuó diciéndole la duquesa, casi sin poder contener la risa, al ver la turbación de su marido—. Has tenido un ataque de gota y debes irte a la cama.

—Lo haré en seguida—replicó el duque, que lo que quería es que su

esposa saliese cuanto antes de allí.

—Pues no me iré hasta que te vea dormido. No estaré tranquila pensando en que sufres de horrible mal.

—Ya ha pasado—respondió el duque Alejandro—. Me quedaré un poquito más... No tengo mucho sueño.

—Pues entonces yo te haré compañía... Quiero que te acuestes cuanto antes.

El duque, en vista de que no había manera de convencer a su mujer y pensando que lo mejor era fingir que la obedecía, terminó diciéndola:

—Bueno, haré lo que tú quieras... Me voy a la cama... Buenas noches

—Buenas noches, querido — le respondió la duquesa a punto de estallar de risa.

#### UNA ENTREVISTA EN PALACIO

¿Qué podía haber de imposible para un hombre como Cellini? El había dado su palabra de acudir a la cita de la duquesa y habría tenido que morir antes de faltar a su palabra. Sigilosamente se acercó a palacio y al ver la guardia comprendió que era algo más difícil de lo que había supuesto entrar, sin que le viesen. Mas su agilidad se puso nuevamente de manifiesto y saltando la tapia que cercaba el jardín del edificio, consiguió asirse a la rama de un árbol. Se balanceó en ella para tomar impulso y cuando lo consiguió llegó hasta el enorme escudo que había debajo de las habitaciones de la duquesa. Trepó por él ágilmente, como si fuera un felino y llegó hasta la puerta principal de

las habitaciones de la duquesa, cuya llave poseía. Sacó la que él mismo había hecho, la introdujo silenciosamente en la cerradura y abrió con gran cautela para evitar el menor ruido posible.

Una vez allí se encontró con la duquesa, que al verlo exclamó curiosamente:

—¿Cómo habéis podido llegar hasta aquí? Pensaba que encontraríais algunos obstáculos.

—¿Obstáculos?—respondió Cellini con afectación—. He atravesado por ríos de sangre para llegar hasta aquí. Pero hubiera llegado, aunque fuera para morir a vuestros pies. Para alcanzar el cielo, no importa los sufrimientos que haya que

padecer. La gloria no es posible conquistarla tan fácilmente.

La duquesa le oía silenciosamente y cuando terminó le dijo, en tono burlón:

—Bello discurso, pero sucede algo extraordinario. El duque está aquí.

—¿El duque? —preguntó él con cierta extrañeza.

La duquesa interpretó el gesto de Cellini, como de temor y le dijo:

—Tenéis miedo?

Cellini sonrió indiferente y le respondió:

—Yo no siento miedo por mí. Lo único que no quiero es comprometer a mi duquesa.

La duquesa así y todo no se convenció mucho de que fueran ciertas las palabras del artista y le dijo:

—No está hecho de palabras el valor.

—Comprended, duquesa, que vuestro honor...

—¡Callad! —exclamó la duquesa interrumpiéndole—. Cuánta cobardía se esconde en esa palabra... Sabemos por experiencia que los hombres pudentorosos son siempre los peores amantes.

—En este caso detesto el honor —replicó Cellini, acercándose a la duquesa, decidido a no perder el tiempo en aquellas vanas discusiones. Mas la duquesa lo detuvo con un gesto y le preguntó:

—¿Habéis traído la llave?

—Aquí la tenéis —respondió el artista enseñándosela, pero sin entregársela.

La duquesa extendió la mano y antes de que Cellini pudiera ocultar nuevamente la llave se apoderó de ella, diciéndole:

—Ahora volved a cruzar esos ríos de sangre y a vuestro trabajo.

—Dadme, entonces, la llave —requirió Cellini.

La duquesa lo miró altivamente. Estaba enamorado de aquel hombre, pero quería resistir a la tentación y por lo mismo pretendió amedrantarlo, diciéndole:

—¿Queréis que llame al duque?

Y antes de que Cellini pudiera contestar a la intimidación de la duquesa, se oyó en la estancia contigua un gran estruendo, producido por Angela, que había tropezado con una mesa y tirado por el suelo cuantos objetos había en ella.

La duquesa de Florencia, al oír aquel estrépito, exclamó, alarmada:

—¡Dios mío! ¿Se habrá caído por la escalera el duque?

Y para inquirir lo que pudiera ser, llamó a la puerta, sin obtener sus llamadas la menor contestación.

El duque, ante aquel estrépito y viendo que su esposa se había dado cuenta de él, no sabía qué hacer con

Angela, hasta que, finalmente, la sacó a una galería, sin darse cuenta que comunicaba con el balcón de la habitación de su esposa, mientras que ésta seguía llamándolo y diciéndole:

—Alejandro, abrid la puerta.

Cellini se acercó a la duquesa y le dijo:

—¿Por qué llamáis?... ¿No veis que si abre y entra me encontrará aquí?

La duquesa reflexionó un momento y ante la razón que contenían las palabras de Cellini, lo llevó al balcón que había en la sala y le dijo:

—Entrad en ese balcón y esperadme hasta que hable con el duque.

Cellini no se hizo repetir la orden, abrió inmediatamente el balcón y desapareció por él, para esperar que la duquesa terminase su entrevista con el duque.

Seguía la duquesa llamando a la puerta de la habitación donde había oído el ruido, cuando sintió que se abría la otra y que aparecía por ella su esposo, con los brazos tendidos y con los ojos cerrados. Comprendió la duquesa el juego que quería hacer su marido y se acercó a él zarandeándolo violentamente y diciéndole:

—¿Qué ha pasado?

El duque dió un grito como quien despierta de un sueño profundo, y al ver a la duquesa, exclamó:

—¿Dónde estoy?

La duquesa sonrió interiormente, viendo que todo aquello era pura comedia y su marido exclamó nuevamente:

—Ha debido ser un ataque de somnambulismo.

—Pues, debéis tener cuidado —le dijo irónicamente la duquesa—. Un día os caeréis por el balcón.

—Es verdad —respondió el duque—. Estos sueños me hacen mucho mal.

—Idos a descansar, Alejandro —le recomendó su esposa—; es lo mejor que debéis hacer.

Salió el duque pensando encontrarse nuevamente con Angela, sin que él ni la duquesa pudieran sospechar lo que había ocurrido entre tanto.

Al salir Cellini al balcón vió en la galería a Angela y estuvo a punto de dar un grito de alegría. Lo que él buscaba en palacio lo encontraba cuando menos lo pensaba y la muchacha al verlo, le preguntó asombrada de verlo allí.

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Qué hago? —respondió afectando una gran tristeza Cellini—. He venido solamente por encon-

traros. He atravesado ríos de sangre para llegar hasta ti, y hubiera llegado, aunque fuera para morir a tus pies.

Angela sonrió, sin que le hiciera gran efecto las palabras de su enamorado y por toda respuesta inquirió:

—¿De veras?

—¿Lo dudas?... Vámonos en seguida, antes de que nos encuentren.

—Pero, ¿adónde vamos?—preguntó Angela.

—Esta noche iremos al Paraíso.

Y sin esperar el consentimiento de la joven, la tomó en sus brazos, y como quien lleva una muñeca, salió con ella de palacio sin que nadie advirtiera su presencia.

La duquesa, tan pronto como se fué su marido salió en busca de Cellini, miró afuera del balcón, y al no verlo sospechó que habría entrado por la puerta. Esto mismo le pasó al duque, que al no ver a Angela, creyó que habría entrado por el balcón. El resultado es que uno y otro, sigilosamente volvieron a entrar en la habitación y se encontraron de nuevo. El, sin saber qué decir, aparentó tener frío y exclamó:

—El aire de la noche no me conviene.

—Es que debes cuidarte, Alejan-

dro—le dijo ella—. Vete a dormir.

—Tú también debes hacerlo—le dijo su marido.

—Voy a hacerlo ahora mismo.

—Entonces, buenas noches—terminó diciendo el duque.

—Buenas noches, Alejandro—le respondió ella.

Mas, al cabo de unos minutos volvieron otra vez a encontrarse y los dos al mismo tiempo, para no darse ninguna explicación, exclamaron:

—Buenas noches.

Y seguros de que aquella noche no encontrarían a la persona que buscaban, terminaron encerrándose en sus habitaciones.

Cellini había llevado a Angela a un refugio que tenía en las afueras de la ciudad. Era la cabaña de un pobre pastor que, mediante unas monedas habíase prestado siempre a servir al artista en todo aquello que le exigía. Cuando salió de palacio con Angela la montó en el mismo caballo en que él había ido y emprendió veloz carrera hacia allí.

La muchacha, al verse en aquella cabaña, donde las ovejas y las vacas vivían en comunidad con el pastor, preguntó extrañada.

—¿Qué es esto?... ¿Dónde estamos?

—Angela, amor mío—le dijo él.



—Dame esa lista.



—Su Excelencia la duquesa de Florencia.



- El ha sido más  
listo que tú.



Era una mujer de una  
belleza extraordinaria



- Quería que la du-  
quesa de Milán fuese  
servida en platos  
de oro.



Benvenuto Cellini.



- ¿Cuándo aprendes-  
ras? ¡Esto no sirve!



Apareció Octaviano  
con varios hombres.



- Dejémoslo en  
36 ducados.



- Lo dejé olvidado en  
casa de una dama.



- Su Excelencia había prometido ahorrarme.



Se deshizo de los que le atacaban.



- El brazo es fuerte y el acero fino.



- Apretadle bien el cuello.



—La hice para guardar pétalos de rosas.



—En adelante yo elegiré tus modelos.

—Estamos en los umbráles del Paraíso. El amor puro anida en la cumbre de la montaña mejor que abajo, en las ciudades.

Pero Angela, que no tenía nada de romántica y que para ella la prosa de la vida era antes que nada, respondió, haciendo un gesto de desagrado.

—No creía que viniéramos a un lugar tan sucio.

—Sí—le dijo él pensando únicamente en el amor que sentía por la joven—. Pero eso no importa, porque tu presencia lo convierte en un palacio.

—¿Un palacio, con ese techo lleno de agujeros?—exclamó Angela, señalando la techumbre de la cabaña, por donde se veía el firmamento.

Hasta aquello lo encontró Cellini hermoso y poético y le respondió:

—¡Qué mejor techo que ese cielo lleno de estrellas.

—Y que mal huelen estas ovejas—siguió diciendo Angela.

El sonrió y queriendo poetizar lo que era prosa viva, le dijo:

—Pinsa que todas estas ovejas son princesas encantadas y que tú eres el hada milagrosa que las transformarás.

La dejó echada sobre una espe-

cie de cama hecha de heno y Angela se quejó de aquella estancia, diciéndole:

—¿Por qué habré dejado el palacio del duque? ¡Cuánta diferencia de esto a aquello!

—Piensa únicamente, Angela mía—le dijo él—que has cambiado un ducado por un reino. Aquí eres la reina de mi corazón. Aquí crearemos un mundo encantado. Aquí nos amaremos y el esplendor de la aurora nos sorprenderá, reina mía.

—¡Benvenutto! —suspiró ella lúgicamente.

Cellini, dándose cuenta de que por fin había conseguido animar aquel corazón que siempre había permanecido insensible para el amor, corrió a su lado, diciéndole:

—¿Qué quieres, amor mío?

—Tengo hambre—le respondió ella, destruyendo todas las ilusiones que él se había hecho al creer que aquella llamada era de amor.

No pudo contenerse y exclamó violentamente:

—¿Cómo puedes pensar en comer, cuando te hablo de amor?

Angela adoptó un gesto de niña amedrantada y le suplicó:

—No me riñas por eso, Benvenutto.

—No te riño, es que me asombro de que cuando yo te brindo mi

amor, tú me pidas comida. Me extraña que de lo romántico, de lo que debe ser sólo poesía, hagas una cosa tan prosaica como es la comida.

—¿Y qué quieres que haga?— le preguntó ella, sin poder comprender, en su natural frío y despreocupado para las pasiones, aquel fuego que Cellini ponía en sus palabras amorosas—. Fíjate que me has sacado de un palacio para traerme a esta cabaña. Yo creí que ibamos a un sitio agradable... Cuando se entere el duque no querrá verme más.

Cellini hizo un gesto de desprecio, al oír hablar del duque y respondió:

—Por mí, que lo cuelguen.

—A quien colgarán será a ti—le dijo Angela.

Cellini, viendo que todas las palabras y que cuanto hacía para despertar un sentimiento amoroso en Angela era inútil, se levantó de su lado, indignado, y exclamó:

—Prefiero la muerte antes que una mujer fría como tú. ¿Pero, qué tienes en las venas que de tal forma tomas todo lo que es amor?

Angela se encogió de hombros, sin querer responder a la pregunta de Cellini y no había pasado media hora cuando yo dormía profundamente, sin pensar siquiera que había sido la pasión de aquel hombre la que la había llevado hasta aquella cabaña.

#### LA INDIGNACION DEL DUQUE

El duque no lo sabía, pero sospechaba de que en aquella huída de Angela, Cellini había tenido parte. Aquella sospecha causó su mayor indignación y se propuso terminar de una vez con aquel hombre que se burlaba de las leyes y hasta de él mismo. Para ello mandó detenerlo en su casa, pero sus soldados volvieron diciéndole que Cellini había abandonado la ciudad y nadie sabía nada de él.

El duque pensó en que la única persona que podría dar con Cellini, por el odio que le tenía, sería Octaviano y le preguntó, cuando se hubo asegurado que sus pesquisas eran inútiles.

—¿Qué debo hacer, Octaviano?

—Lo mejor es firmar una pro-

clama para que cada ciudadano sea un hombre que lo busque. Ofreced una prima por su cabeza y ya veréis que pronto lo tenéis en vuestro poder—le respondió Octaviano.

El duque, en aquella ocasión, se dejó convencer por el razonamiento de Octaviano y aquel mismo día, en la plaza pública, un piquete de soldados fijaba una proclama en la cual se advertía a todos los ciudadanos del ducado que se les daría una magnífica recompensa si presentaban a Cellini vivo o muerto.

Acababan de fijar la proclama cuando se acercó a leerla el aprendiz de Cellini, que medio muerto de miedo, pensó en lo difícil que le sería a su maestro escapar en aquella ocasión. Al terminar de leerla

vió a un pobre hombre, medio cojo, que se ocultaba el rostro con una gruesa capa de paño oscuro y que como él leía también la proclama.

—¿Creéis que encontrarán a Cellini?—le preguntó.

El aprendiz se volvió rápidamente al oír aquella voz y el embozado dejó al descubierto su rostro, para que el aprendiz viera que era el propio Cellini.

—¡Maestro!—exclamó asustado el aprendiz. —¿Cómo os atrevéis a venir a la ciudad?

—Porque ya no tengo nada que hacer fuera de aquí—respondió tranquilamente Cellini.

—¿Y dónde os esconderéis?—preguntó otra vez el aprendiz, en cuyo semblante se advertía el miedo que tenía en aquel instante por la seguridad de su maestro.

—Sólo hay un sitio—respondió Cellini—y de ese sitio yo tengo una llave. Ya veréis como allí nadie me busca.

El criado no podía comprender al sitio que se refería su maestro y menos aun, que éste pensase en el palacio ducal como el mejor lugar donde esconderse.

Cellini pensaba en la complicidad de la duquesa y contaba con la seguridad de que ella le ocultaría

y haría anular aquella orden que ponía precio a su cabeza.

Con igual misterio que se había acercado, se alejó de donde estaba colocado el bando después de arrancarlo violentamente y arrojarlo al suelo hecho pedazos, sin que nadie advirtiese su presencia en aquellos lugares.

Cuando llegó la noche, Cellini, valiéndose del mismo procedimiento que la primera noche que entró en palacio, llegó sigilosamente hasta las habitaciones de la duquesa en el momento en que ésta se hallaba ante su tocador y sus damas la ataviaban primorosamente para dormir. Se ocultó tras un biombo que había en la sala para no ser visto por nadie, nada más que por la duquesa cuando estaría sola y permaneció allí unos segundos.

La duquesa cogió un espejo para verse y su sorpresa no fué pequeña al ver reflejada en la luna del espejo la figura de Cellini. Con el deseo de excitar el amor del artista, les dijo a sus damas:

—Llamad al capitán.

Una de las damas sospechó el motivo de aquella llamada y le dijo, aduladora:

—¡Qué hermosa estáis hoy, duquesa!

—¿De verdad?—preguntó ella complacida—. No me mintáis, por-

que esta noche quiero aparecer muy bella ante mi marido.

Las damas sonrieron discretamente pensando que aquel deseo sería tal vez para el nuevo capitán y la duquesa, que sospechó lo que pensaban ellas, exclamó en voz alta, para que lo pudiera oír Cellini, que seguía oculto tras el biombo.

—Decidme, ¿es verdad que el nuevo capitán es muy galante con las damas?

—Sí—le respondió una de ellas —y ayer ganó en todos los juegos, señal de que no debe ser muy afortunado en amores.

—Pues es una lástima—respondió la duquesa, levantándose de su asiento una vez terminada su «toilette »—. Dejadme sola... y llamad al nuevo capitán.

Salieron todas las damas y la duquesa se acercó a la puerta, la cerró con llave y al volverse se encontró con Cellini, que había salido del biombo. Aparentando una gran sorpresa por verlo allí, exclamó:

—¿Qué hacéis aquí?

—He venido a buscaros, señora—respondió Cellini, advirtiendo que la duquesa quería aparentar una gran indiferencia por él.

—Y cómo os atrevéis a entrar sin anunciaros?

—Porque creí que os agradaría verme.

La duquesa lo miró agresivamente. Se sentía débil ante aquel hombre y esto no podía menos que indignarla, al pensar que era la primera vez en su vida que se dejaba dominar por otra persona. Finalmente consiguió dominarse y le dijo irónicamente:

—¿Sin duda, habláis en broma?

—¿En broma?—exclamó Cellini—. ¿Olvidáis lo de la otra noche?

La duquesa se encogió de hombros y le respondió con afectada indiferencia:

—Una broma es buena para un día, pero resulta pesada dos.

Cellini, como si estuviera en su propia casa, se paseó por la estancia seguido por la mirada de la duquesa, que no sabía cuál sería el final de aquella aventura, y el artista, al cabo de unos segundos, recordando la orden que la duquesa había dado a sus damas, le dijo:

—¿Le toca ahora el turno al capitán de la Guardia?

—¡Insolente!—exclamó la duquesa—. Dadme esa llave que tenemos de mis aposentos.

Cellini quiso dar el golpe de gracia, aquel golpe que nunca fallaba cuando se trataba de una mujer

enamorada y antes de entregarle la llave, le dijo:

—Vuestra Excelencia me condena a muerte.

—Poco se perderá con ello—replicó la duquesa.

—Es verdad—dijo Cellini—. Yo prefiero la muerte a vuestro desprecio.

—Acabad de una vez—le dijo impaciente la duquesa—. Vuestra charla me fatiga.

—Es que no puedo irme sin deciros la verdad—le dijo Cellini—. Cuando me disteis la cita vine en alas del amor...

—¿Y en alas del amor os fuisteis?—preguntó burlonamente la duquesa.

—Me fuí por fuerza—respondió Cellini—. Aquella noche me sorprendieron los soldados en el balcón y para no comprometeros, huí. Tuve que pelear con toda la guardia, herí a dos soldados y por fin logré escapar y dejar a salvo vuestro honor, máspreciado para mí que mi propia vida. Fuí perseguido como una fiera...

—Y encontrasteis refugio—le interrumpió la duquesa, que se había enterado de su estancia en la cabaña del pastor—en los brazos de una dama.

Cellini advirtió que eran los ce-

los lo que le hacían expresarse de aquella forma y tuvo ya la seguridad de que la duquesa no lo delataría. Nada hay que más excite la pasión que es los celos y si la duquesa las sentía era señal de que le amaba.

A partir de aquel momento Cellini se consideró dueño de la situación y puso a contribución su sangre fría para luchar contra la duquesa, a quien dijo:

—¿Podéis creer en la existencia de otra mujer? ¿Cómo poder pensar en otra después de haberos tenido en mis brazos?

La duquesa no se dejaba convencer por las frases de aquel hombre que tanto dominio ejercía sobre su voluntad. Pensaba que la estaba engañando y para convencerse, le dijo:

—¿Sabéis que la guardia os espera y que vuestra cabeza tiene un precio?

—No me importa. Jamás temí perderla y solamente me resta haceros una súplica.

—¿Cuál?—preguntó la duquesa, pensando que al fin iba a pedirle clemencia.

—Que vuestras propias manos me corten la cabeza.

Y diciendo esto sacó su espada, que se la entregó a la duquesa, que

lo miraba sorprendida, pensando que a aquel hombre no había poder humano que lo doblegase. Con la espada en la mano quedó ella sin saber qué hacer, mientras que Cellini continuó diciéndole:

—¿No quisierais ver mi cabeza en una bandeja?

—No me disgustaría—le respondió la duquesa, que quería imponerse a la situación.

Cellini tomó una rica bandeja de oro que había en una mesa y la colocó en un taburete, luego se arrodilló ante él y colocando la cabeza en la bandeja, le dijo:

Podéis herir, duquesa, yo quiero que por lo menos mi cabeza repose en algo que yo mismo he creado.

Llamaron a la puerta y desde fuera se oyó la voz del capitán de la guardia, que decía:

—El capitán de la guardia, Excelencia.

Entre tanto, Cellini había sacado aquel libro de oro y de piedras preciosas que habló la muchacha que encontró en cierta ocasión el artista en el jardín, y se puso a leer en voz alta, diciendo:

—«¡Oh, muerte, tu presencia es divina!» «Dadme la miel de tus labios en un beso» «No me importa que después te lleves mi vida»... «Amor mío».

La duquesa, sin responder sique-

ra al llamamiento del capitán, se acercó a Cellini le quitó el libro de las manos y le dijo:

—Dame ese libro. En adelante sólo lo leerás para mí,

—¡Amor mío!—exclamó Cellini abrazando a la duquesa.

—Pero debes saber—le dijo ella—que yo abandono mis amantes si me son infieles.

Tomó una urnita de plata que había en la mesa y mostrándosela a Cellini, le dijo:

—¿Sabes lo que hay en esta urna?

—Recuerdo que la hice yo—respondió el artista—, para guardar pétalos de rosas.

—Pues sirve para otro objeto. Contiene el corazón de un soldado que me fué infiel.

Y abrazándose otra vez a él, en un arranque de sincera pasión, le dijo:

—No me engañes nunca, Benvenuto.

—¡Cómo podría ser tan insensato!—exclamó él—. ¿Sabes de alguien que haya querido cambiar el cielo por el infierno.

Cellini pensó en la diferencia que había entre el fuego de aquella mujer, toda pasión y deseo y la frialdad de Angela. ¿Merecía ésta que él se hubiera expuesto por ella? Pensaba en el loco que había sido

al correr aquel peligro de caer en desgracia de la duquesa y esto le hacía hacer su abrazo mucho más fuerte, como si quisiera gozar en aquel minuto, todo el tiempo que anteriormente había perdido.

Varios soldados, en aquel mismo momento, fueron en busca del capitán, para mostrarle la capa de Cellini que éste había perdido al saltar las tapias y le dijeron:

—Hemos encontrado esto en el jardín y además en la puerta había un soldado herido.

—¿Quién lo ha herido? —preguntó el capitán.

—Dice que ha sido Cellini. Pretendió entrar y al oponerse el soldado, lo ha herido.

—Pues, rodeen el palacio inmediatamente para que no pueda escapar por ninguna parte.

Los soldados cumplieron la orden que les daba su jefe y Cellini, que oyó aquello, le dijo a la duquesa:

—Creo que me buscan... ¿Qué hacemos?

—Quédate aquí... Yo arreglaré esto con el duque.

Salió en busca de su marido, pero con tan mala suerte, que durante su corta ausencia, Cellini fué encontrado por los soldados y llevado a presencia de Octaviano, que vió, por fin, la hora de su venganza, ya que conseguiría ahorcar a aquel malvado que le había ofendido en su honor.

#### LA EJECUCION DE LA SENTENCIA

La alegría de Octaviano no tenía límites. Para él el hecho de ahorcar a Cellini, no era suficiente, ni creía que con ello pagaba todos los crímenes que había cometido, ni todos los engaños que había occasionado, con su belleza y su arrojo. Quería hacerlo sufrir, hacerle ver la muerte poco a poco para que fuera dándos cuenta de ello. Era un suplicio al que lo quería someter para que por lo menos sufriera al morir, todo lo que a él le había hecho sufrir.

En Florencia, desde los tiempos de los Borgias existían en los palacios de los nobles, subterráneos y sótanos en los que se acumulaban buen número de máquinas infernales que habían sido destinadas a los

suplicios de los desdichados que caían en desgracia.

Bastaba entrar en cualquiera de aquellos lugares para sentir un profundo terror pensando únicamente en los sufrimientos que habrían padecido los infelices para quienes fueron creados aquellos suplicios.

Claro estaba que ya en aquel tiempo no se utilizaban esos procedimientos, pero se conservaban todos los artefactos de los suplicios como una muestra de la barbarie de tiempos pasados.

A uno de estos subterráneos fué donde Octaviano llevó a Cellini, para amedrantarlo con la visión de aquellas máquinas y hacerle creer que él sería sometido a suplicio.

Mas, con lo que no contó Octa-

viano fué con la serenidad y el valor de Cellini, que ni aun en aquellos críticos momentos amenguó un ápice.

Octaviano había querido también que el duque presenciara el sufrimiento de Cellini y consiguió que aquél fuera también para presenciar la ejecución del artista.

Todo preparado para el fin que se proponían, los verdugos se hallaban ya en el sótano cuando entraron el duque y Octaviano acompañado de varios soldados. Previamen- te había sido llevado ya Cellini y Octaviano se acercó a él y mostrándole los artefactos que allí habían, le dijo:

—Ven, Cellini, te mostraré nuestro museo.

Cellini miró todas aquellas máquinas, pero ni un momento pasó por su imaginación que pudieran torturarlo. Sabía el odio que le tenía Octaviano, mas, la presencia del duque era para él una garantía de que no lo someterían a ningún suplicio.

Octaviano le mostró varias esculturas que había en las paredes, representando las contorsiones de los que habían sido condenados allí y le dijo indicándole una de ellas.

—Esta es una magnífica escultura. Representa un joven que perdió

la lengua, para que no pudiera decir más frases galantes a las mujeres.

—¡Admirable!—exclamó Cellini—pero el que labró esta escultura olvidó de darle vida. Parece lo que es, una escultura nada más.

Octaviano miró a Cellini, admirando la serenidad de aquel hombre, cuya sangre fría no la perdía en ningún momento, y lo llevó a otro lado de la estancia, diciéndole:

—Esta es otra obra de arte. Representa a un hombre con las manos cortadas, por haber robado...

—Esta está mejor realizada—respondió Cellini.

—¿Te gusta?—le preguntó sonriendo burlonamente Octaviano. Pues aquí tienes materia para inspirarte.

—No la desaprovecharé—respondió a su vez Cellini.

—Aunque me parece que te va a servir para poco—le dijo Octaviano, haciendo una seña a los verdugos para que se apoderasen de él. Estos le ataron las manos a la espalda y el mismo duque les dijo:

—Colgadlo bien, no vaya a escaparse.

—Excelencia—le dijo Cellini al sentirse la cuerda en el cuello—yo quisiera explicaros...

—No quiero más explicaciones tuyas—le dijo el duque—. Te han

cogido en mi palacio y has tenido la desvergüenza de hacerlo en mis propias narices.

—Así y todo Vuestra Excelencia debía escucharme—insistió otra vez Cellini, queriendo alargar cuanto pudiera la ejecución, en la seguridad de que la duquesa vendría en su auxilio.

—Te he dicho que no... Es inútil de que quieras convencerme como otras veces. Te ha llegado el final de todas tus fechorías y has de pagar todas tus cuentas.

—Pero, antes, quiero deciros la verdad... Toda la verdad, y cuando la sepáis estoy seguro de que me lo agradeceréis... Os diré donde está una persona que os interesa mucho.

Octaviano comprendió que si le dejaba hablar nuevamente lo perdonaría el duque y para no dar lugar a ello, exclamó, dirigiéndose al verdugo:

—Preparaos... Tenéis que ahorcarle, aunque suplique y pida clemencia.

—Sí, hay que ahorcarle—respondió el duque—, pero esperar un momento. Tal vez tenga algo interesante que decir.

El duque había comprendido inmediatamente que se trataba de Angela, de quien quería hablarle, y por lo mismo no quería que lo ahorca-

sen hasta que le dijese el sitio donde estaba la muchacha y poderla llevar nuevamente a palacio.

En aquel instante apareció la duquesa en la puerta. Los soldados que la guardaban intentaron oponerse a que pasara, pero ella, de un empujón los quitó de en medio a la vez que gritaba a su esposo.

—¡Alejandro!... ¡Alejandro, espera!

—No puedo, señora—respondió el duque—. Estoy muy ocupado en este instante.

—Pues, yo exijo que me escuches—gritó la duquesa.

Su marido, al advertir el tono energético con que le hablaba, intentó convencerla por las buenas y le dijo:

—No debisteis venir aquí.

—Tengo necesidad de hablaros y os busqué por todas partes.

Cuando mutuamente se daban tratoamiento, es que alguna tempestad se acercaba y Octaviano comprendiéndolo así, pensó que su venganza iba a escapársele otra vez, debido a la intervención de la duquesa. Su esposo trató de ganarse la voluntad de ella y le dijo:

—Aquí hace mucho frío para ti... ¿por qué no vuelves a palacio?

La duquesa miró adonde estaba Cellini y le preguntó a su marido:

—¿Qué haces aquí?

—Hemos venido para colgar a este bandido de Cellini.

—¡Estáis locos!—exclamó la duquesa—. Que se vayan los guardias.

Y al ver que su marido no daba la orden se volvió a los soldados y les dijo:

—Marchaos inmediatamente... Este es un asunto privado.

—No quiero que se marchen—exclamó el duque, queriendo hacer valer sus derechos, pero como los soldados sabían que quien mandaba allí era la duquesa, cumplieron la orden de ésta, a pesar de la contra orden del duque.

Cuando quedaron solos el duque le preguntó a su esposa:

—¿Por qué intervienes en este asunto?

—¿Y por qué vas a colgar a este hombre?—preguntó ella.

—Señora, yo le explicaré—se atrevió a decir Cellini.

Mas, la duquesa lo atajó violentamente, diciéndole:

—Tú no tienes que explicar nada.

—Yo lo explicaré—dijo Octaviano—. Cellini ha sido sorprendido en el palacio.

—¿Qué queréis decir?—preguntó la duquesa, fingiendo un

gran desconocimiento de aquello de que le hablaba.

—Quiero decir que Cellini quería robar algo que el duque estima mucho.

—¿Y qué es lo que el duque estima tanto?—preguntó la duquesa.

Su marido, temeroso de que Octaviano pudiera darla a entender de que pretendía ahorrar a Cellini por haberle robado a Angela, le interrumpió, diciéndole:

—Hablas demasiado, Octaviano.

Octaviano, extrañado de aquel cambio tan brusco que tanto la duquesa como el duque demostraban, les dijo:

—Es extraño que ayer ofrecieran mil ducados por su cabeza y hoy le defiendan.

—Es que ahora defiendo nuestras propias cabezas—exclamó la duquesa, segura del efecto que harían sus palabras en el ánimo de su esposo.

—¿Nuestras cabezas?—preguntó éste alarmado—. ¿Qué quieres decir?

—Lo que vosotros no sabéis... Es algo terrible, espantoso.

—Pero, ¿qué es?—preguntó con angustia el duque.

—Mis agentes secretos me han informado y estoy segura de que es verdad lo que dicen.

—Pero, ¿qué dicen?—insistió el duque.

—Pues que se prepara una revolución. La gente dice que eres un sanguinario y un loco.

El duque miró a su mujer y luego a Octaviano y exclamó, medio asustado:

—Claro que no—siguió diciéndole la duquesa—; pero... una muerte más y estallará la revolución y nuestras cabezas caerán bajo la venganza del pueblo.

Tan tétrico se lo pintaba todo, que el duque se cogió al brazo de Octaviano, que se daba cuenta del juego de la duquesa, y le dijo:

—Es horrible, Octaviano, horrible. ¿Por qué no me has informado de eso?

—Yo no sabía nada—respondió Octaviano—, ni creo en ese miedo que tiene la duquesa.

—¿Que no lo crees? Lo único que pasa es que uno no debe fiarse de los amigos... Yo que tenía tanta confianza en ti... ¿Quién sabe si aquí mismo no hay espías? Todos pueden ser peligrosos, pero Cellini, un pobre artista... ¿Qué peligro puede implicar? Llevas razón, querida, debemos perdonar y yo le perdono. Yo mismo quiero quitarle la cuerda que el verdugo ha puesto en su cuello.

Se acercó a donde estaba Cellini y al ver la cara del verdugo fué preso de tal pánico que gritó:

—Yo no me atrevo... Quitatela tú mismo.

No tardó Cellini en secundar la orden, y gracias a aquella intervención de la duquesa se vió libre de la venganza de Octaviano, en quien sabía tenía su más irreconciliable enemigo.

—Has hecho bien, Alejandro—dijo la duquesa—. Hay que obrar de hoy en adelante con gran prudencia.

Octaviano, viendo que se le escapaba otra vez Cellini, intervino diciéndole al duque:

—Vuestra Excelencia no tiene nada que temer...

—¿Que no tengo nada que temer?—exclamó el duque—. Eso dices tú, porque no es tu cabeza la que peligra... Si fuera la tuya la que estuviera en juego no hablarías así.

Y mirando a Cellini, que ya estaba libre, exclamó:

—No sé por qué, pero la cuestión es que éste se salva siempre.

Aun intervino otra vez Octaviano para insistir que se ahorrara a Cellini, y le dijo al duque:

—Yo puedo asumir la responsabilidad de ahorrarlo.

El duque se encogió de hombros y le respondió:

—No es bastante. El pueblo creería que lo haces para salvarme a mí... Es imposible.

Y dirigiéndose a Cellini, le dijo:

—Y tú puedes irte... Vuélvete otra vez con tu Angela...

La duquesa, una vez conseguida la libertad de Cellini, volvió a marchar a palacio, donde esperaba que iría el artista para agradecerle su intervención y para continuar aquel idilio que de forma tan trágica amenazaba con haberse roto.

Cuando Cellini vió que la duquesa estaba fuera se acercó al duque y le dijo:

—¿Por qué habéis dicho mi Angela?

—¿Acaso no te ama?—respondió el duque.

—Jamás me amó— respondió con fingida tristeza el artista—. Angela delira por vos.

—¿Por mí?—preguntó alegremente el duque—. ¿Y por qué no lo dijiste antes?

—Porque no se puede hablar con una soga al cuello, Excelencia.

—Es verdad, pero... ¿por qué te escapaste con ella?

—Lo hice sólo por salvar a Vuestra Excelencia... Sabía que la duquesa iría al palacio de verano y

con riesgo de mi vida fuí allí y conseguí salvar a Angela. ¿Qué hubiera sido de ella si la duquesa la hubiera encontrado en vuestras habitaciones?

El duque reflexionó y hasta comprendió que debía estar agradecido a aquel hombre que tan desinteresadamente le había servido y se encaró con Octaviano diciéndole:

—¿Por qué no me habías dicho nada de eso?

Octaviano, que no sabía una palabra de cuanto se refería a aquel asunto, hizo un gesto dudoso y el duque siguió diciéndole a Cellini:

—¿Por qué no traes a Angela mañana noche?

—Eso es imposible, Excelencia—respondió Cellini.

—Imposible, ¿por qué razón?—preguntó el duque, que nuevamente empezó a sentir celos.

—¿Y la duquesa?—le advirtió el artista—. ¿No habéis pensado en ella?

La verdad era que el duque no había pensado en su esposa cuando le dijo aquello y exclamó sorprendido:

—¿Qué tiene que ver con ello la duquesa?

—Que no querrá que su esposo...

—Todo puede arreglarse—le di-

jo finalmente el duque, después de un rato de meditación—. Mañana noche damos un banquete y tú traerás a Angela, como tu modelo predilecto.

Cellini no le importaba llevar a Angela, pero le importaba que la duquesa fuese a sentir celos de ella y perdiera todo lo que había conquistado a tan alto precio de la duquesa, por lo que le contestó:

—Excelencia, yo no puedo hacer eso.

El duque le miró irritado y exclamó amenazador:

—¿Quiere volver otra vez a la cuerda?

—!Oh, no!—respondió rápidamente el artista, pensando que ya que se había librado no debía exponerse nuevamente.

—Pues entonces, haz lo que te ordeno—terminó diciéndole el duque.

Cellini, viendo que no le quedaba otro recurso, le respondió:

—Haré lo que me ordena. Mañana noche estaremos en palacio Angela y yo.

El duque, satisfecho por fin, al saber que vería pronto a Angela, le dejó marchar, mientras que Cellini pensaba, cuando iba hacia su casa, que el lío en que lo metía el duque no era menor al que se acaba de librar.

## EL BANQUETE

Aquel día y todo el siguiente, lo pasó Cellini convenciendo a Angela para que le acompañase a palacio al banquete al que los dos habían sido invitados.

De sobras sabía Angela que la invitación del duque era precisamente por ella y que si hacía ir a Cellini era sólo para cubrir las apariencias y que la duquesa no sospechase nada. Mas lo que no sabía ella era que la duquesa tenía también interés porque Cellini estuviese en el banquete.

Para hacer más fácil la entrada del artista a palacio y para que el duque no sospechara de él, le dijo: la duquesa:

—He decidido que Cellini venga a palacio a trabajar.

—¿A palacio? —preguntó el du-

que, extrañado. —¿Y por qué aquí, precisamente?

—Porque es la única forma de hacerlo trabajar. Hace un mes que está trabajando en mi vajilla y todavía no la ha terminado.

El duque no vió muy justificado aquel deseo de la duquesa y está, para disipar toda la duda que pudiera sentir su marido, volvió a decirle:

—Además, teniéndole aquí y haciéndole trabajar te dejará tranquilo y no tendrás que pensar en los dueños en que se ve metido, ni en sus aventuras amorosas.

—Es verdad —respondió, convencido, el duque.

—Es la mejor forma de quitarme esta grave preocupación. Siempre

## EL BURLADOR DE FLORENCIA

estás en todo. ¿Qué sería de Florencia si no te tuviera a ti?

Y aquella noche, cuando Cellini, fué a verla, la duquesa le advirtió lo que había convenido con el duque, diciéndole al final:

—De esta forma estaremos siempre juntos. Yo estaré más tranquila al saber que ninguna otra mujer me roba tu cariño y tu podrás disfrutar de mi amor con mayor libertad.

Cellini, sin embargo, para evitar que se lo prohibiese, se guardó mucho de decirle que la noche siguiente iría acompañado de una mujer. Los celos de la duquesa no tendrían límites y él estaba seguro de que aquella mujer sería capaz de matarlo, si la traicionaba.

A la noche siguiente, el magnífico comedor del palacio se hallaba repleto de invitados que debían asistir al banquete que se daba en honor de los duques de Milán. La duquesa de Florencia había querido deslumbrar a sus invitados con el lujo de su palacio y el aspecto de aquel salón era deslumbrante.

Los candelabros de oro repujado se hallaban esparcidos por todas partes y la fuerza de la luz hacía resaltar más aún las riquezas que se encerraban en su interior. Ella misma había elegido el vestido más hermoso de cuantos tenía y era

preciso declarar que jamás había estado más bella la duquesa de Florencia que aquella noche.

Su juventud, plena de vida, rebosaba elegría, y sus mejillas, coloreadas por el deseo de estar cuanto antes el lado de Cellini, la hacía aparecer como una criatura celestial.

En sus ojos brillaba con toda su fuerza el fuego de aquella pasión que Cellini había encendido en su pecho y en su recuerdo acariciaba mimosamente las horas plácidas pasadas al lado del amado y vislumbraba las futuras llenas de dicha sin límites.

Por fin, el duque vino en su busca después de haber sido anunciada su llegada por uno de los servidores que advirtió a los demás invitados:

—Sus Excelencias el duque y la duquesa de Florencia.

Los que allí se hallaban hicieron una profunda reverencia ante la presencia de los duques y éstos pasaron majestuosamente por entre la fila de los invitados hasta llegar al centro del salón donde ya estaban los duques de Milán.

Estos saludaron extremosamente a los duques de Florencia y el duque de Milán les dijo:

—Os traemos los saludos de los duques de Venecia.

—Correspondemos muy agradecidos a ello—respondió el duque.

Después de aquella ofiosa presentación, se generalizó la conversación y el duque les dijo:

—Octaviano me ha informado que vendrá nuestro gran artista Cellini.

—Octaviano te ha informado muy bien—replicó la duquesa de Florencia, que sabía de sobras que aquella noche vendría Cellini.

—Os envidiamos a tal artista—dijo la duquesa de Milán—. ¿Es cierto que es un ser excéntrico?

—Sí—interrumpió el duque de Florencia—. La duquesa protege las artes, ha querido que Cellini venga a trabajar ahora en palacio, bajo su directa vigilancia.

—¡Magnífica idea!—exclamó la duquesa.

En aquel momento entraba Cellini acompañado de Angela y le decía a ésta:

—Habla sólo lo necesario y quédate siempre lejos de mí. Ahora voy a ver el duque.

Este, al verlos llegar, exclamó adelantándose hacia ellos:

—Aquí viene nuestro artista.

La duquesa, al verlo acompañado de una mujer, le preguntó a su marido:

—¿Quién está con él?

—No la conozco—respondió el duque—. Ahora me informaré.

Se fué a saludarlo y poco después Cellini se separaba del grupo y se acercaba donde estaba la duquesa, siguiendo las órdenes del duque, que le dijo:

—Polverino te enseñará la etiqueta de palacio. Ahora debes ir a saludar a la duquesa, que nos está mirando.

—Creo que sospecha algo—le dijo Cellini, al advertir el gesto de desagrado de la duquesa. El duque se estremeció y le respondió rápidamente:

—¿De quién sospecha?

—De vuestra Excelencia... Mírala como habla con Octaviano.

—Ese imbécil es capaz de decirle la verdad—exclamó en voz baja el duque.

Pero se equivocaba al pensar en la indiscreción de Octaviano, ya que la duquesa le inquiría por aquella mujer y él le respondió:

—No sé, duquesa, quien pueda ser... ¿Tal vez es la modelo? Pero vuestros agentes secretos pueden informaros plenamente de lo que deseáis saber.

La duquesa comprendió la intención con que le habla y esperó a que llegase a ella Cellini, para decirle:

—¿Cómo te has atrevido a traer a esa modelo al banquete?

—Me obligaron a ello.

—¿Que te obligaron?... ¿Quién te lo obligó?—preguntó la duquesa, sin poder contener sus celos. ¿Quizá ella misma?

—No—respondió sonriendo Cellini—. Han sido las circunstancias.

La duquesa, que no apartaba la vista de Angela, al comprobar que era ella, le dijo:

—En adelante seré yo la que elija tus modelos. Y ahora, llévate a la.

—Excelencia, eso es imposible—replicó Cellini, viendo el lío en que se metía.

—Te digo que no puede quedarse aquí. Procura disimuladamente sacarla.

Cellini, que no veía la forma como poder satisfacer el deseo de la duquesa, se fué adonde estaba el duque y le dijo:

Tenía razón al decir a Vuestra Excelencia que la duquesa sospechaba.

—¿Sospecha de mí?—preguntó, turbado, el duque.

—Así debe ser, porque insiste en que Angela se vaya.

—¿Le dijiste que era tu modelo?—le preguntó el duque.

—Sí, pero creo que es mejor que Vuestra Alteza se lo diga. Estoy se-

guro de que así se quedará más conforme.

El duque, deseando evitar toda sospecha de su esposa, se acercó a ella y le preguntó en voz baja:

—¿Por qué quieres que se vaya la modelo de Cellini?

—Porque no quiero sentar a una modelo en mi mesa.

—Pero eso no es posible... Esa mujer no puede irse.

La duquesa advirtió cierto interés en su esposo y mirándolo fijamente le preguntó:

—¿Te interesa a ti que se quede? Explícame la causa.

El duque se vió perdido. ¿Cómo poder explicar satisfactoriamente que era a él a quien le interesaba la presencia de Angela? Mas, para dar una satisfacción a su esposa y evitar toda sospecha, le dijo:

—A mí no me interesa. Es a Cellini a quien le interesa que se quede. El mismo me lo ha dicho.

—¿Dices que él mismo te lo ha dicho?—preguntó la duquesa, sin poder contener la ira que se apoderaba de ella:

—Claro que sí—siguió diciéndole el duque—. Para Cellini es algo más que una modelo. Se aman.

—¿También te lo ha dicho Cellini?—le preguntó la duquesa.

—Efectivamente. Incluso me ha dicho que se van a casar.

Aquello terminó con la paciencia de la duquesa. ¿Es decir, que había estado engañándola miserablemente? Pensó que sólo había servido como distracción del artista y con la mirada reluciente de odio se acercó a Cellini y le dijo:

—¿Cómo no me habéis dicho que os pensabais casar con vuestra modelo?

Cellini miró extrañado a la duquesa y ésta, señalando a su marido, le dijo:

—El duque acaba de confesármelo ahora mismo.

El duque hizo una seña a Cellini que ni siquiera se dió cuenta de ello y le dijo:

—Benvenuto, no guardes más el secreto.

—¿Qué secreto, Excelencia?

—El que yo le he dicho a la duquesa, que os vais a casar en seguida. ¿Por qué quieres tenerlo oculto para la duquesa?

—Vuestra Excelencia está equivocado—exclamó Cellini, dándose cuenta de la tempestad que estaba a punto de desencadenarse.

—El equivocado eres tú, Cellini—le dijo el duque riendo burlonamente, sin darse cuenta de lo que

hacía con aquella disculpa que había querido dar.

—Pienso que todo esto es una broma, ¿verdad?—preguntó otra vez Cellini, que quería aclarar aquello para que la duquesa no siguiera juzgando.

—¿Una broma?—exclamó el duque—. El matrimonio es una cosa seria. Aquí viene ella precisamente.

La misma duquesa se adelantó a recibirla y subrayando sus palabras para que Cellini se diera cuenta de su intención, la dijo:

—Os felicito por vuestra próxima dicha... A los dos os deseo una vida feliz y «larga».

Cellini advirtió que la duquesa hablaba influenciada por los celos y temió que aquella noche sucediera algo anormal que no estaba previsto en el programa de las fiestas.

Estaba seguro de que la duquesa de Florencia era capaz de cualquier locura y se acordó de sus palabras de que era ella la que dejaba a sus amantes, pero no permitía que ninguno le fuera infiel.

Dieron la orden de ocupar cada uno su asiento y Cellini fué colocado al lado de la duquesa y de Octaviano, mientras que Angela ocupó un sitio junto al duque y Polverino.

Cellini apenas si probaba bocado. Estaba preocupado con lo que acababa de suceder y la duquesa lo miraba de vez en cuando sintiendo cada vez más fuerte el odio hacia aquel hombre que se había burlado de su pasión.

La duquesa de Florencia era de aquellas mujeres antiguas, que por amor sabían matar y morir. Despertar una pasión en una de aquellas damas era tanto como esclavizarse para toda la vida y por eso Cellini se hallaba aquel día preocupado, pensando que los celos de la duquesa podrían tener para él malos resultados.

Además, la belleza de la duquesa lo enloquecía en aquel instante. Hubiera querido encontrarse a solas con ella para decirle toda la verdad. Hubiera podido poderle

confesar que Angela no había sido nunca suya, que el amor de aquella mujer no le pertenecía y que para un temperamento fogoso como el suyo no podía satisfacer la frialdad de la que únicamente era su modelo.

La duquesa de Florencia, gran disimuladora de sus pasiones, aparecía alegre, como si interiormente no sintiera aquella tempestad de celos que la abrasaba. Miraba a hurtadillas a Cellini y veía el rostro de éste surcado con un aire de tristeza y creía que era debido al ver la atención que Angela le prestaba al duque.

Los criados iban sirviendo los alimentos, excepto al duque y a la duquesa, los cuales tenían para ellos reservado un criado especial para cada uno.

## AMOR Y CELOS

En aquella época el uso de los venenos había llegado a ser tan usual para librarse de cualquier persona molesta, que los grandes de la corte tenían para su servicio de comedor, casi siempre un criado exclusivo y de su más entera confianza.

No era difícil ni extraño ver que en medio de un banquete alguno de los comensales se desplomaba al suelo muerto, víctima de alguno de aquellos energéticos venenos. Casi siempre se trataba de una venganza no satisfecha, cuyo enemigo se valía de aquel medio para realizarla.

Todos estos pensamientos cruzaban por la mente de Cellini, martirizándolo, no precisamente por la idea de la muerte, que nunca te-

mió, sino por morir sin que la duquesa pudiese comprender nunca el gran amor que por ella había llegado a sentir.

Uno de los comensales que estaba al lado de la duquesa, le dijo galantemente:

—Duquesa, estais hoy mucho más bella que nunca.

La duquesa sonrió deliciosamente agradeciendo la galantería y se volvió hacia Cellini diciéndole:

—¿Qué os parece a vos?

Cellini miró apasionadamente a la dama y con verdadera sinceridad le dijo:

—Siempre os vi muy bella, duquesa, pero nunca belleza de mujer pudo compararse con la que poseéis hoy. A veces una obra de arte nos parece hermosa, pero al cabo de

unos días, al volverla a ver, apreciamos todo su valor más y es entonces cuando nos damos cuenta de todo su valor.

La duquesa intentó sonreir a la respuesta de Cellini y el que primeiramente la había galanteado volvió a decirle:

—Debeis estar satisfecha, duquesa. Esas frases puestas en boca de un artista como Cellini, es para enorgullecer a cualquier dama que no poseyese vuestra espléndida belleza.

La duquesa, para zaherir al artista, le respondió:

—Todos los artistas son iguales. Les gusta adular.

—Pero en este caso la adulación parecería pequeña, al frente de la realidad—respondió Cellini.

—¿Y hasta esta noche no os habéis dado cuenta de ello?—preguntó en voz baja la duquesa, mirando severamente a Cellini.

—Siempre lo comprendí así, bien lo sabéis—le dijo Cellini, temiendo ser oído por el otro.

—Menos cuando tienes a tu modelo junto a ti—exclamó la duquesa, sin preocuparle el tratamiento familiar, como si estuviesen los dos solos.

Cellini, más sereno, no olvidó el momento en que se hallaba y para evitar cualquier indiscreción siguió

dándole el tratamiento y diciéndole:

—Pensad, duquesa, que cuando trabajo no veo ante mí a la mujer que me sirve de modelo tal y como los demás la ven. Para mí es únicamente el objeto que me sirve de inspiración.

—La respuesta es muy discreta, es como tuya, que sabes guardarte bien.

Cellini iba a insistir otra vez, mas de pronto la voz del duque dominó la de todos los demás y exclamó riendo, al mismo tiempo que entregaba una copa de vino a Angela:

—Este banquete parece un banquete de bodas, ¿no es cierto?

Y como mirase a Angela y a Cellini, éste bajó la vista, sin poder sostener la severa mirada que le dirigió la duquesa.

El duque seguía festejando a Angela, y la duquesa, al ver que Cellini ni siquiera hablaba ni comía, le dijo:

—¿Qué os parece lo del banquete?

—Ha sido una idea de Su Excelencia.

—¿Y os parece buena?

—No sé a quien pueda referirse y por lo mismo no me atrevo a juzgarla—exclamó Cellini.

—¿Y si fuera refiriéndose a vuestro casamiento con Angela?

—La creería una broma, y desde luego de muy mal gusto—contestó nerviosamente el artista.

Continuó la comida y durante todo aquel tiempo Cellini ni siquiera habló palabra, hasta que la duquesa le dijo nuevamente:

—Parece que no estáis aquí muy a gusto?

—Tengo tan pocos motivos de estar satisfecho—se condolió Cellini.

La duquesa lo miró dudando de la sinceridad de sus palabras. Mas, si por un momento volvía a creer en él, la presencia de Angela seguía excitándola y le preguntó burlonamente:

—¿Habéis estado en algunos palacios antes de ahora?

—Nunca—respondió Cellini—. No me ha gustado la vida de los palacios.

—¿Por qué?—preguntó la duquesa.

—Porque también en los palacios hay prisioneros... Yo mismo lo estoy ahora.

El duque lanzó una carcajada que fué coreada por todos los comensales y la duquesa, viendo que Cellini no reía, le dijo:

—La etiqueta obliga a reírse cuando se ríe el duque.

—Quizá no sé apreciar su humorismo—respondió de mal talante el artista.

La duquesa hizo un gracioso mohín, como de niña disgustada, y aparentando un gran pesar le dijo:

—¿No está contento con este festín de boda?

—Ya he dicho que esta boda no se realizará, aun cuando lo diga el duque.

Pero la duquesa, para no dejarse ganar por las palabras del artista, se dirigió a su esposo y le preguntó:

—¿Qué vamos a ver ahora, Alejandro?

—Algo muy especial—respondió el duque, animado por el exceso de bebida que había hecho—. Veremos la danza de la muerte.

—¡Oh, muy a propósito!—exclamó la duquesa.

Y en efecto, minutos después aparecieron varias bailarinas que se pusieron a danzar en torno a la mesa, ejecutando un baile que tenía más de lascivo que de artístico.

Cellini miraba todo aquello con gran indiferencia. Parecía que solamente estuviese allí su cuerpo pero que su pensamiento estaba muy lejos de allí.

Perdida ya la etiqueta después

del vino bebido, todos hablaban animadamente y reían, excepto Cellini, cuyo ceño se disipaba. La comida había quedado ante él intacta y su copa permanecía llena. La duquesa se fijó en ello y con forzada sonrisa, una sonrisa burlona que encerraba todo un enigma, le dijo mimosamente:

—Mi Cellini no se divierte... Ni come, ni bebe.

El artista hizo un gesto displicente y la duquesa volvió a decirle:

—Quizá un vino mejor, verdad?

Y antes de que él pudiera rehusar el ofrecimiento de la duquesa,

ésta llamó a su criado particular y entregándole un pomito que llevaba colgado, a especie de diadema, le dijo:

—Traed de mi propio vino dos copas, una para mí y otra para Cellini; la de él que sea especial.

Cellini comprendió que algo grave iba a pasar. En las palabras de la duquesa había cierto misterio, que quedó casi descifrado al ver la cara del criado.

Poco después apareció el criado con dos copas, una de las cuales puso ante Cellini y la otra ante la duquesa.

## BRINDIS TRAGICO

Una intensa palidez cubrió el rostro de la duquesa y Cellini se acordó de que ella tenía guardado el corazón de un amante que le había sido infiel. Pensó que quien una vez sacrificó la vida de un hombre por celos, muy bien podía hacerlo nuevamente.

Miraba la copa que estaba ante él y parecía incluso que veía en ella el veneno vertido por el criado.

Mas Cellini ni aun ante la proximidad de su muerte sintió el menor temor. Estaba dispuesto a emplear toda su astucia, antes que beber aquel vino en el que se encerraba una muerte segura.

La duquesa al verlo vacilar quiso comprometerlo ante todos y llamó la atención de los presentes diciéndoles, al mismo tiempo que se

ponía en pie y desviaba por unos segundos la vista de Cellini:

—¡Señores!

Todos se pusieron en pie mirando a la duquesa, menos Cellini que no dejaba de mirar su copa.

—Señores—volvió a decir la duquesa—. Nuestro artista Cellini va a brindar y quiere hacerlo por su amor.

—¡Muy bien!—exclamó el duque.

Cellini se levantó, tomó la copa y mirando fijamente a la duquesa le dijo:

—¿Vuestra Excelencia cree aca-  
so que tengo miedo?

La duquesa, al verle con la copa en alto, sintió que el corazón le latía violentamente. Le pesó en aquel momento haberse dejado llevar por

aquel arranque de celos, pero ya no podía hacerse atrás y quedó mirando fijamente a Cellini, que volvió a decirle:

—Brindo por la mujer más hermosa de Florencia. Por nuestra duquesa.

Y sin vacilar un segundo se llevó la copa a los labios y la apuró de un solo trago. Dejó luego la copa sobre la mesa, sonrió a la duquesa y de pronto, como si hubiera sido herido por un rayo, cayó al suelo muerto.

La duquesa, al verlo caer, olvidándose de todos los convencionalismos sociales, corrió a abrazarlo, y teniéndolo en sus brazos exclamó llorando:

—Yo lo he matado... Han sido mis celos los que le han matado.

Todos corrieron al lado de la duquesa y el duque, sorprendido por aquella declaración de su esposa, la miraba severamente, hasta que de pronto exclamó:

—¡Fuera todo el mundo!... ¡Ha-  
béis osado hacerme esto, duquesa,  
delante de la corte?

—¿Y qué me importa a mí la  
corte?—exclamó ella, dejándose  
llevar por aquel arrebato amoroso,  
al ver muerto a Cellini.

—Ya os comprendo—replicó el  
duque—. Ya no gobernaréis más.

En aquel momento sucedió algo extraño, y fué que Octaviano, que durante todo el banquete había estado al lado de Cellini, cayó al suelo muerto, con el rostro congestionado, sin que nadie se diera cuenta de ello.

Cellini, con toda astucia, mientras que la duquesa llamaba la atención de los comensales para decirles que Cellini iba a brindar por su amor, cambió rápidamente su copa por la de Octaviano, de forma que el que se bebió el veneno fué su enemigo irreconciliable.

El duque, cada vez más indignado, siguió diciéndose a su esposa:

—¡Hace tiempo que sospechaba  
esto!... ¡Ya no gobernaréis más!

Se volvió a buscar a su amigo Octaviano, y al verlo muerto exclamó más excitado todavía:

—También Octaviano ha muerto... ¡Ved lo qué habéis hecho!...  
¡Los dos seréis condenados!

Angela, que era la única que había quedado en la sala, sin darse cuenta de lo que pasaba por tener el cerebro nublado por efecto del alcohol que había bebido, al ver al duque en aquella excitación se acercó a él y abrazándolo descaradamente le dijo:

—No te exasperes, Bumpy... Te  
puede dar un ataque.

Cellipi abrió a hurtadillas los ojos, pero la duquesa lo vió y no pudo menos que sonreír interiormente, pensando que aquel hombre era más pillo que lo que ella había supuesto, y dejándolo en el suelo se levantó y miró a su esposo y a Angela diciéndole a éste:

—¡Bumpy!... Ahora sí que veo claro.

—¿Qué veis, duquesa? — preguntó el duque, confuso por verse descubierto.

—¿No decíais que erais vos el único duque de Florencia?

El duque no sabía cómo salir de aquel asunto. Comprendió que toda la fuerza moral que hasta entonces había tenido acababa de perderla con aquella indiscreción de Angela, y para evitar un escándalo mayor respondió sonriendo:

—Si vos me hacéis bromas, por qué no puedo hacerlas yo?

La duquesa se vió salvada, y sin abandonar su aire de ofendida volvió a decirle:

—Volveré esta noche al Palacio de Invierno y vos os quedaréis aquí con Angela.

—¿Por qué no? — respondió el duque, halagado por la perspectiva de la ocasión que su misma esposa le preparaba.

—Y lo mejor será — volvió a de-

cir la duquesa, viendo que Cellini ya se había levantado —, que lleve a Cellini conmigo para evitar el escándalo.

—¿A Cellini? — preguntó el duque extrañado.

—Sí, a Cellini — repitió la duquesa —. Necesitamos una fuente para el patio grande y esta misma noche comenzará a trabajar.

El duque miró a Angela como si le pidiera su parecer y al ver que ésta le sonreía prometedora, respondió:

—Muy bien... Puedes hacer lo que quieras.

Cellini se sentía satisfecho ante el aspecto que tomaba el asunto. Había podido adquirir la seguridad de que el amor de la duquesa le pertenecía y para él era en aquellos momentos la mayor de las dichas.

La duquesa se cogió del brazo de Cellini y le dijo:

—Acompañadme, Cellini. — Y volviéndose a su esposo, le dijo:

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, señora — respondió el duque, tomando del brazo a Angela.

La duquesa y Cellini salieron hacia el Palacio de Invierno y al llegar a él Cellini se abrazó a ella diciéndole:

—Estás segura ahora de que no amo a Angela?

—Segurísima — respondió la duquesa, devolviendo sus besos a Cellini —, pero debías habérmelo mostrado antes y así no habría pasado el susto.

Cellini sonrió, pensando en el engaño de que había hecho víctima a la duquesa y ésta volvió a decirle mirándolo fieramente:

—Pero ya lo sabes, mis amantes son míos y de nadie más. Solamente se los cedo a la muerte.

—Hasta que la muerte llegue te querré yo — exclamó Cellini amorosamente.

Y en el silencio del palacio ducal sonó una carcajada alegre y juvenil: era la de Angela, que se reía de lo que el duque le decía, que cada vez se le mostraba más festivo.

—¿Has oído? — le preguntó la duquesa a Cellini.

—Sí — respondió éste —. Es el amor que triunfa esta noche en palacio.

Y la duquesa, para que no siguiera hablando, le tapó la boca con un beso fuerte y apasionado que parecía llevar dentro el alma de aquella mujer, que prefería ver muerto a su amante antes que en los brazos de otra.

FIN

# Ediciones BIBLIOTECA FILMS

PRÓXIMO NÚMERO :

## ■ UNA FIESTA EN HOLLYWOOD

Pintoresca narración del más fino «astracán» en que desfilan con su gracejo los eminentes e incomensurables:

Laurel - Hardy

Jimmy Durante

Lupe Velez

Eddie Quillan

June Clyde

Mickey Mouse

Exclusiva *Metro Goldwyn Mayer*

Los grandes éxitos siempre en

**Ediciones BIBLIOTECA FILMS.... ¡CLARO!**

La novela que debe V. siempre pedir y recomendar a sus amigos

4.50  
EDITORIAL  
  
"ALIAS"

---

UNA peseta